studocu

El Ser Social - Monseñor Laguna

Sociología (Universidad Nacional de Lomas de Zamora)

Scan to open on Studocu

Studocu is not sponsored or endorsed by any college or university
Downloaded by Paul (pablomv15@gmail.com)

$700

DERECHO HUMANOS

CATEDRA: MONS. LUGONES

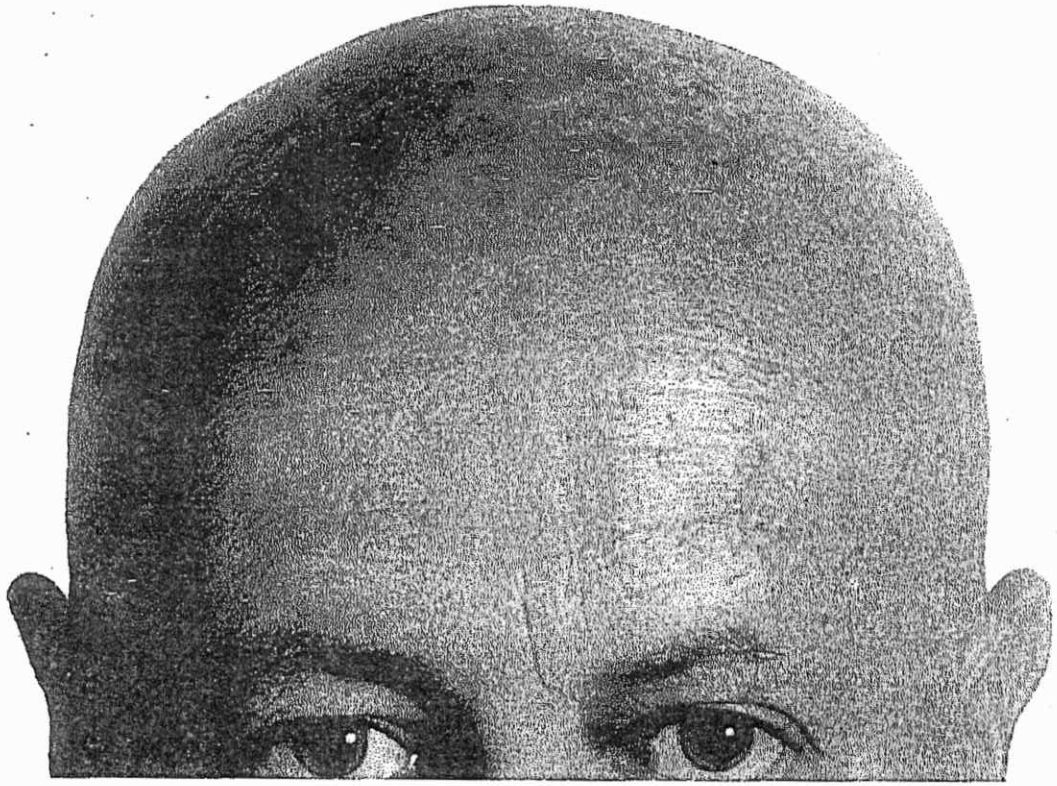
UNIDAD I (ANEXO)

$ [redacted] EN Minutolo

Monseñor JUSTO LAGUNA

El Ser Social El Ser Moral y el Misterio

Prólogo de ERNESTO SABATO



Downloaded by Paul (pablomv15@gmail.com)

Downloaded by Paul (pablomv15@gmail.com)

Diseño de tapa: Andrés Cascioli
Composición en sistema Laser: Buena Letra S.A.
Cuidado de la Edición: Julia Constenla

1ª Edición: Mayo de 1993
© 1993, Tiempo de Ideas, Grupo Editor
Venezuela 842, (1095). Capital Federal.
Hecho el depósito que indica la ley 11.723.
I.S.B.N. 987-99229-5-6

Monseñor Justo Laguna

EL SER SOCIAL, EL SER MORAL Y EL MISTERIO

Conversaciones con Julia Constenla

TIEMPO de Ideas

Downloaded by Paul (pablomv15@gmail.com)

PROLOGO

Mi amiga Julia Constenla de Giussani me pidió este prólogo para acompañar a monseñor Justo Laguna en su valiente defensa de los desamparados, contra importantes detentadores del poder que han olvidado las predicaciones de Jesús hace dos milenios. Y lo digo de este modo porque no me refiero sólo al poder político, sino, también, al que ejerce cierta jerarquía de la Iglesia Católica. Lo que es infinitamente más grave y oprobioso, porque la miseria, la muerte de niños de hambre o de cólera no es una cuestión meramente política, sino un problema esencialmente moral.

La entrevista que aquí leerán compendia en términos claros la historia del cristianismo, y en particular señala que la doctrina social de la Iglesia no tiene origen en la Encíclica Rerum Novarum, como muchos creen, sino en el Antiguo Testamento, en la predicación evangélica, en los padres apostólicos, y en los padres de los primeros siglos de la cristiandad. Palabras que lo honran, porque, después de recordar aquellos ejemplares tiempos, agrega, "desaparece el tema y no se habla más del asunto", que describen con cierta ironía algo que define como "tremendo", que atribuye a "la unión estrecha, demasiado estrecha, entre el trono y el altar".

Downloaded by Paul (pablomv15@gmail.com)

La Encíclica Rerum Novarum retoma este tema capitalmente espinoso en la historia espiritual de nuestro tiempo. En ocasiones, con mi conocida tendencia a la exageración, cuando sucesos vergonzosos en cierto modo lo justificaban, aventuré que la Iglesia fue lo que tenía que ser mientras hubo cristianos devorados por fieras en el circo romano, muertos a flechazos, desollados vivos o crucificados. Pero no es así, porque no hicieron atrocidades leones y tigres inocentes, sino hombres conscientes y perversos, muchos de los cuales se titulaban y se siguen titulando cristianos. Y no tengo necesidad de recorrer el mundo para certificarlo, porque aquí mismo tuvimos conmovedores mártires, hasta adolescentes que iban a predicar su fe en las villas-miseria durante la última dictadura, hasta que fueron secuestrados por "subversivos" y "zurdos" -como califica esa clase de gente cuando se refiere a los que sufren por la injusticia social de los que nada tienen- para ser llevados luego a culatazos a esos ominosos camiones cerrados hasta las recónditas cámaras de tortura, donde la mayor parte murió, sin que siquiera la gente que pasaba por las calles pudiera oír sus desgarradores gritos. Y debemos recordar también, ya que la memoria colectiva es tan frágil, a los padres palotinos y a las monjas que, después de los horrores padecidos o peores, porque eran mujeres, fueron arrojados a las aguas del Río de la Plata desde aviones de las Fuerzas Armadas. Y el asesinato del Obispo de La Rioja, monseñor Angelelli, quien marchó hacia su muerte tantas veces predecida, por el solo pecado de haber sido un auténtico cristiano.

Ahora, cuando la miseria de los pobres ha alcanzado un punto que nunca antes padeció en nuestra tierra, y ante declaraciones del Episcopado y en particular algunas declaraciones de monseñor Laguna, el ministro de Economía afirmó: "Está bien que los sacerdotes se ocupen de las almas, pero nosotros debemos ocuparnos del cierre de las cuentas", poniendo así a los chiquitos

que mueren de hambre, de infecciones de todo género, de cólera, como simples cosas que los balances no deben tener en cuenta. Ejemplo arquetípico de la desacralización de la persona humana que hemos alcanzado en esta culminación de aquel famoso Progreso, que se escribía con mayúscula y que ahora debería ser puesta con minúscula, entre vergonzosas comillas.

Después de la última elección presidencial quedó bien en claro nuestro futuro: como ministro de Economía fue designado el gerente general de uno de los más poderosos consorcios económico-financieros. Y, significativamente, la Sociedad Rural recibió, con estruendosos aplausos y vivas, al presidente de la Nación, por iniciar un programa inverso al que había prometido miles de veces a los trabajadores y a los que nada tienen, poniéndose al lado de los representantes o subsidiarios del capitalismo internacional que, como se sabe, no tiene ni patria ni piedad.

De esta manera comenzó la Nueva Era, y el Presidente decretó que entrábamos por fin en el Primer Mundo, cuando en verdad estamos detrás de no sé qué país africano en algo así como el octogésimo lugar. Cuando en realidad en la década del '20 sí pertenecimos al Primer Mundo, cuando ocupábamos la séptima posición entre todas las naciones, por índices de sanidad, alimentación, educación primaria no sólo gratuita sino obligatoria, y una educación superior casi gratuita y de altísimo nivel. De nuestras grandes universidades nacionales surgieron así profesores, investigadores y científicos de fama mundial, muchos de los cuales todavía enseñan o investigan en los más altos centros de Europa y Estados Unidos. Y cuando también artistas y escritores honraron a este remoto país en las naciones más avanzadas de nuestro tiempo.

Son hechos los que en aquel tiempo nos ubicaron en el Primer Mundo, no decretos presidenciales. Y son también hechos los que hoy nos ubican en ese octogési-

Downloaded by Paul (pablomv15@gmail.com)

mo lugar, y poco me importa si me equivoco en algunos años más o menos, porque ya casi no leo, no sólo por el mal de mi vista, sino para no morir de tristeza. Más de un tercio de la población vive sin agua potable, centenares de miles van engrosando las villas-miseria, en medio de aguas cloacales, y de residuos industriales como ácido nítrico, ácido sulfúrico, plomo y mercurio. De tanto en tanto, forzados por algunos intrépidos periodistas de la televisión, se realizan teatrales clausuras de fábricas que, a las pocas semanas, gracias a las grandes coimas, vuelven a funcionar y a arrojar esos mismos venenos. Pero, para hacer más patente el cinismo, se repiten por todos los medios informativos las medidas que el Gobierno aconseja cumplir para evitar toda clase de infecciones, lavándose bien las manos, limpiando las verduras y, sobre todo, higienizando a fondo los baños. ¿Cuáles y con qué? Mientras que en las mismas pantallas de la televisión aparecen sobre todo mujeres, amas de casa, clamando para que por lo menos salga agua de alguna de las canillas colectivas de esas villas-miseria. Y así la contaminación sigue produciendo, de modo creciente, graves enfermedades de la piel, de los pulmones, de los intestinos, páncreas e hígado. Y no hay hospitales que tengan las condiciones mínimas para atender a esos millones de desamparados ni enfermeros y médicos que puedan atenderlos.

Me ruega Julia Constenla que termine este prólogo con algo esperanzado, que responda a los que por carta o en la calle se me acercan para preguntarme angustiosamente hacia dónde vamos, qué nos espera, cuando se generaliza un peligroso descreimiento, que nunca antes dominó a los argentinos como en estos años, en que hemos pasado de una gran nación a una vergonzante colonia de los grandes y casi anónimos poderes financieros que desde países lejanos nos amenazan por el menor incumplimiento de sus órdenes, no porque los que nos gobiernan sean piadosos, sino porque no alcanzan

a hacer bien los deberes. Todos saben que eso me preocupa, sobre todo la ansiedad de los muchachos y muchachas, por los que vivo angustiado. Respondo todo lo que puedo responder, pero no mintiéndoles jamás. Diciéndoles palabras que a veces suenan a paradoja, pero porque el mundo no es lógico, sino paradojal, y ha sido siempre absurdo pensar que está o debería estar regido por la razón.

La historia es el más grande conjunto de aberraciones, guerras, persecuciones, torturas e injusticias. Pero a pesar de eso, o por eso mismo, ha habido hombres valientes y generosos que han luchado y hasta han dado su vida por un mundo mejor, como fue el caso de Sacco y Vanzetti, ejecutados en ese bárbaro y cruel producto de la ciencia que es la silla eléctrica, diciendo hasta el último momento que eran inocentes, porque su único crimen fue ser emigrados italianos y anarquistas. Muchos años después, la justicia de ese país se vio obligada a reconocer que efectivamente no habían cometido crimen alguno.

Aquellos mártires murieron con dignidad y coraje por una doctrina que generalmente se toma como delictiva, y en el mejor de los casos como ridícula utopía. Esa ridícula utopía fue enunciada por grandes y visionarios pensadores del siglo pasado, contrarios al salvaje capitalismo y a la masificación del hombre, producida no sólo en países capitalistas sino, también, en los que adoptaron la doctrina de Marx, que tomó a risa a aquellos visionarios, algunos ateos y otros religiosos. Ahora sabemos que son ellos los que van a salvar del horror a este mundo deshumanizado.

Ernesto Sabato
Santos Lugares, mayo de 1993

Downloaded by Paul (pablomv15@gmail.com)

A Jorge Casaretto, mi amigo y mi hermano.

Downloaded by Paul (pablomv15@gmail.com)

Advertencia al lector

A pesar de no abundar las preguntas, estas páginas son fruto de distintas conversaciones, teniendo como paciente interlocutora a la señora Julia Constenla de Giussani. La literatura oral difiere de la escrita en muchas cosas. Suele ser menos precisa, menos sintética, más reiterativa y desordenada. Pido por tanto tener en cuenta el carácter "hablado" de este pequeño trabajo. Preferí no corregir imprecisiones ni quitar reiteraciones ni ordenar mejor los temas, para respetar lo grabado y así guardar la espontaneidad de las respuestas.

Mi especial agradecimiento a la señora de Giussani sin cuya constancia y empeño, nada se hubiese hecho.

Downloaded by Paul (pablomv15@gmail.com)

EL SER SOCIAL

Downloaded by Paul (pablomv15@gmail.com)

JC - Usted opina con frecuencia sobre los problemas sociales, y lo hace como un hombre de la Iglesia, considerándolos temas de su incumbencia. ¿Por qué?

JL - Creo que no son sólo específicamente lo que llama, con cierto tono de cuestionamiento, "temas de mi incumbencia". Es más, pienso que un cristiano indiferente a las necesidades del otro es un cristiano que está abjurando de la entraña de su fe. La cuestión social es parte de un problema moral que nos atañe.

Está claro que Dios hizo el mundo para todos y que en este mundo cada persona tiene derecho a poseer como propios algunos bienes de la Creación. La Iglesia no admite que para beneficio de unos pocos la mayoría de la humanidad no tenga salud, alimentos, techo, trabajo y cultura.

Debo agregar que, si bien no todos somos iguales en la medida de que somos únicos, singulares e irrepetibles como personas, empero las necesidades comunes que el hombre tiene para ser tal deben ser satisfechas, sin marginaciones ni olvidos.

–¿Se puede considerar la Encíclica *Rerum Novarum* como punto de partida de la doctrina social de la Iglesia?

Downloaded by Paul (pablomv15@gmail.com)

–La doctrina social de la Iglesia no tiene partida de nacimiento en *Rerum Novarum.* Hunde sus raíces en el Antiguo Testamento, la predicación evangélica y los Padres Apostólicos. Los Padres Apologetas hablan con extrema claridad del dinero y los bienes materiales; fundamentan el principio de la supremacía del hombre por sobre todo lo material y por sobre todo lo creado. El hombre es considerado como razón suprema de la creación a la cual todo lo demás se ordena. Cito al Apóstol Pablo: "Todas las cosas son vuestras. Vosotros de Cristo. Cristo de Dios".

Otro aspecto referido a los bienes materiales está claramente expresado por los Padres de los primeros siglos de la cristiandad, a quienes se conoce como los Santos Padres. En sus textos fundamentan la destinación común de los bienes y la obligación de atender las necesidades ajenas.

Recordemos que cuando San Ambrosio habla del tema de la limosna dice: "Cada vez que le das algo a un pobre le devuelves lo que es suyo". Elijo ésta entre las muchas frases que pueden ilustrar la idea porque es contundente, pero hay otras reflexiones muy claras siguiendo la misma línea de pensamiento. Es así desde San Ireneo hasta el último de los Padres de Occidente o de Oriente. La idea de apropiación, de posesión es muy posterior.

Santo Tomás, ya en el medioevo, vuelve a establecer ese principio fundamental: la destinación común de los bienes. En sus textos resulta particularmente claro que las cosas del mundo existen con destino común, son para todos. Al mismo tiempo explicita, con igual claridad, que el hombre tiene derecho a la apropiación, es decir, a la propiedad privada, para que su naturaleza pueda desarrollarse de manera más plena. Un principio que no es absoluto sino que sigue al anterior: esto ocurre en justicia siempre y cuando el bien común –que no es el bienestar general sino el bienestar de la persona– no sucumba, no sea gravemente lesionado.

Después de estas menciones muy someras que entiendo sirven para aproximarnos a la doctrina social de la Iglesia, transcurren casi diez siglos de silencio. Desaparece el tema, "no se habla más del asunto", y esto admite distintas explicaciones.

Durante esos diez siglos hay una unión estrecha –demasiado estrecha, diría– entre el trono y el altar. Debo admitir la dificultad que implica cuestionar al socio. También quisiera dejar claro que no abro un juicio de valor, me limito a señalar un hecho: el silencio de la Iglesia sobre estos temas fundamentales coincide con el tiempo en el que el trono y el altar casi no se diferencian. Creo que vale la pena prestar atención a esa situación histórica.

–Y después de un silencio tan largo, tan estrechamente vinculado al poder, ¿qué ocurre y por qué pasa lo que pasa?

–Entonces llegamos a lo que se considera generalmente como la primera afirmación de la doctrina social de la Iglesia, con fecha de nacimiento incluida: 15 de mayo de 1891, día en que se da a conocer la Encíclica *Rerum Novarum.*

Es la primera vez que se plantean "las cosas nuevas". Se dice lo pertinente cuando irrumpe el mundo industrial, con todo lo que implica como posibilidades de progreso, y a la vez con toda la responsabilidad de engendrar una miseria inédita.

Creo que cuando se afirma: en el medioevo todo era peor, se corre el riesgo de cometer un error. A raíz de las transformaciones surgidas en el mundo industrial vivimos en sociedades muy crueles. Benegas Lynch, un liberal al que valoro y aprecio, suele repetirme que está seguro de que la nuestra es una sociedad menos cruel que la medieval. Es difícil hacer comparaciones, pero los argumentos de Julián Marías siempre me han impresionado. Evitando

Downloaded by Paul (pablomv15@gmail.com)

incursionar en polémicas inútiles por reiteradas, cabría señalar que en aquellos tiempos reyes y vasallos morían de las mismas enfermedades. No había, en la medida que hoy los conocemos, tantos padecimientos directamente vinculados con la ubicación social o económica de las personas.

Los escasos recursos técnicos de que disponían los unos y los otros eran similares. Sin duda los trabajos y las fiestas eran bien distintos, pero me parece que la sociedad del medioevo mostraba con un cierto recato las diferencias notables de confort y hasta de goces suntuosos. Y en ellas había menos distancia entre las posibilidades de acceso a los bienes que cuentan en verdad: la salud, la educación, el trabajo, muy escaso para casi todos los miembros de la sociedad.

–¿No corre el riesgo de parecer un nostálgico de épocas pasadas?

–Lejos de mí añorar el medioevo. Señalo simplemente que siendo una sociedad más primitiva era por lo tanto menos sofisticada en las diferencias. Soy un hombre de mi tiempo, pero eso no me impide ver cómo se profundiza ante nuestros ojos, casi siempre desatentos, el abismo entre los pocos que tienen de todo en exceso y aquellos que carecen hasta de lo esencial.

Hace siglos los nobles y los labriegos morían a edades muy tempranas y de los mismos males. Sin duda alguna existían enormes diferencias, pero pienso que eran menos, así como menos agresivamente explícitas y terribles que las actuales. No tiña de nostalgias mis palabras, describo situaciones y aludo a realidades diferentes. Sigo dejando para otro momento el juicio de valor.

Cada vez con más frecuencia me preguntan sobre temas vinculados con las injusticias que vivimos. Entonces recurro a una anécdota reservándome, como un buen admirador del cine de Hitchcock, el nombre del personaje que develo al concluir el relato.

Le propongo transcribir un fragmento del libro donde encontré los datos, porque resume con precisión algunas de las ideas que inquietaban a los habitantes del siglo pasado.

"Es una vergüenza para nuestra civilización pensar que en el siglo XIX, al menos la décima parte de la población va vestida de harapos y muere de hambre..." ¿Cuál es la causa de esta situación? Es que la industria "es una máquina que funciona sin regulador; le importa poco la fuerza motriz que emplea. Triturando entre sus engranajes tanto a los hombres como a la materia, despuebla los campos, aglomera a la población en unos espacios sin aire, debilita el espíritu y el cuerpo y cuando ya no sabe qué hacer con ellos, echa a la calle a los hombres que para enriquecerla han sacrificado sus fuerzas, su juventud, su existencia... "El autor de este análisis despiadado no es un revolucionario, es el emperador Luis Napoleón Bonaparte que medita en esos años sobre la situación social antes de asumir sus responsabilidades políticas."

La cita es del libro *Extention du pauperisme,* editado en 1884. Encontré el texto, que me sorprendió, leyendo la biografía de una beata francesa, la madre Jeanne Jugan, fundadora de la Orden de las Hermanitas de los pobres.

–¿La revolución industrial traería aparejados sólo conflictos?

–Por cierto que no. La revolución industrial aporta enormes progresos que nadie puede negar y tampoco es mi intención hacerlo. Vivo las postrimerías del siglo XX como uno más de sus habitantes. Me siento contemporáneo de quienes hicieron posible la ampliación del universo conocido, de quienes llegaron a la luna. Pero, y vuelvo a recurrir a un ejemplo del cine, Carlitos Chaplin en *Tiempos Modernos* plantea un retrato impecable de la

Downloaded by Paul (pablomv15@gmail.com)

falta de humanización de esta cultura que robotiza al hombre. Su genio de alguna manera anticipa lo que será o lo que está siendo. Me parece útil y necesario tener en cuenta, también, las zonas oscuras de ese mundo, que es aún el nuestro, aunque estemos por atravesar los umbrales de la era tecnológica.

–¿Industrialización y liberalismo son parientes muy cercanos, o no?

–Sí, y personalmente creo que el liberalismo nacido de la era industrial nos ha dotado de enormes bienes en el campo de las libertades públicas y de las libertades personales. Cuando Adam Smith escribió su investigación sobre el descubrimiento y las causas de la riqueza de las Naciones, que es la Biblia del liberalismo –como *El Capital* de Carlos Marx lo es del marxismo–, no sospechaba entonces, en 1779, que el desarrollo industrial iba a tener características generadoras de miseria hasta entonces desconocidas. Nadie puede ya negar el valor fundamental de la libertad en las sociedades modernas. En este terreno hemos avanzado de una manera notable con respecto a las concepciones medievales.

Es en el terreno económico donde los beneficios aparecen menguados. Al parecer es muy difícil construir sociedades igualitarias, tal como se proponen algunas naciones en el norte europeo, con gran influencia de sistemas socialistas democráticos. Convengamos en que, aun cuando parezca muy dificultoso, se justifica el esfuerzo de todos por hacer coincidir la defensa de la libertad con una verdadera equidad, lo que implica justicia distributiva.

El afán por lograr el crecimiento económico es en sí mismo legítimo. El hombre procura el desarrollo despertando en la naturaleza lo que en ella es virtual y haciéndolo actual y formal. Se convierte de esta manera en partícipe de la creación. No es creador en el sentido filosófico tomista de lo que es la creación, pero ciertamente está

asociado, por voluntad de Dios, a desarrollar la creación haciéndola cada vez más perfecta y más plena. Por lo tanto, el desarrollo no tiene que ser contra el hombre y su ámbito de vida.

–¿Crecimiento económico y desarrollo como partes de un todo? ¿Cuál?

–Cuando me refiero a un desarrollo unilateral, restringido a lo económico, del que tenemos constantes y notables ejemplos en el Primer Mundo, lo hago con inquietud. No admito un tipo de desarrollo que conviva con la marginación.

Sobre este tema la Iglesia de la que formo parte ha dicho lo necesario hace más de veinticinco años. Pablo VI se refirió proféticamente al desarrollo en una Encíclica cuyo título parecía arrancado de textos de sociología o economía: *Populorum Progressio.* Algunos se preguntaron qué tenía que ver el "progressio", el "sviluppo", en italiano o el desarrollo, en castellano, con la religión.

–¿Usted cree que tienen que ver?

–Por cierto que sí, y lo digo de manera muy enfática. Sólo hay verdadero desarrollo cuando éste alcanza a todas las personas. No es admisible el desarrollo de unos a costa de otros. Creo, además, que desarrollo implica a todo el ser, y no hay desarrollo cabal cuando se limita a una parte del individuo.

Lo que podría parecer una disgresión muy sencilla y hasta levemente retórica no lo es. A mi entender el consumismo, por ejemplo, no da paz interior al individuo porque continuamente una propaganda –generalmente muy bien hecha, usando todos los recursos de la técnica y de las ciencias sociales– le recuerda a uno lo que no tiene y subraya que lo que ya posee no sirve; insiste en que hay más y mejores cosas para obtener, en las cuales debe concentrar su esfuerzo y a cuya posesión podrían limitarse sus aspiraciones. Esto vale en particular para los aparatos

Downloaded by Paul (pablomv15@gmail.com)

electrónicos que envejecen y resultan obsoletos a una velocidad alucinante. Siempre son inalcanzables, siempre están un poco más allá. Y con frecuencia se presentan como una suerte de "milagro" que todo lo resuelve, acerca o simplifica.

A partir de una formidable trama de presiones e incitaciones se va forzando a las personas a querer más, a desear siempre lo último por poco que valga y por poco que dure. Las sociedades avanzadas afrontan el problema del consumismo como una auténtica enfermedad de la sociedad. En países más golpeados por crisis y carencias, este virus sólo ataca a sectores minoritarios que pueden permitirse el lujo de consumos no esenciales. Pero quienes no tienen sus necesidades básicas satisfechas difícilmente caigan en la tentación del consumo. Esta no es una enfermedad contagiosa, pero puede generar otros males y hasta el más crudo resentimiento. Millones de personas son incitadas a hacer algo que, al mismo tiempo, les está vedado: consumir.

Sin embargo, también reconozco la parte válida del desarrollo técnico y sus logros, aun cuando me parece pertinente aludir a un componente que yo llamaría "infernal": tratar de hacernos creer que vamos a ser felices gracias a la posesión de ciertos objetos que probablemente pueden ayudarnos, y mucho, pero no en la medida en que su posesión sea meta de nuestras vidas.

Algunos avances técnicos –todo lo que se adelanta para asistir a los discapacitados, por ejemplo– cumplen funciones formidables; pero no pueden, no deben destruir o quitarnos la paz interior.

Es inhumano vivir pendientes de lo que aún no tenemos o envidiando la novedad que posee el vecino. Es ésta una peligrosa temática a la que se alude poco cuando se proponen aspectos de reflexión social y moral sobre la industria de la comunicación, el gran escaparate donde se exhibe del modo más crudo la tentación al consumo abusivo. Estos componentes se pueden detectar en casi toda la propaganda con que llegan a abrumarnos y cuyos defectos se señalan enfáticamente resaltando la utilización de personas sexualmente atractivas, destacando especialmente sólo sus cualidades físicas, lo cual ocurre en buena parte de los avisos. Hay en la industria de la comunicación algo más sutil pero igualmente reiterado y mucho más inquietante: hablarle a la gente de su felicidad suponiendo que no es feliz si no tiene determinadas cosas. Esto es grave.

Lo que intento decir está muy bien planteado en una obra de Albee, *Todo en el jardín.* Yo vi en el teatro SHA la puesta en escena de David Stivel, en la que actuaban, según recuerdo, Bárbara Mujica y Federico Luppi. Se trata de una parábola en la que se muestra lo que son capaces de hacer hombres y mujeres de este tiempo por tener un metro más de terreno. La cantidad de monstruosidades a que podían llegar no se originaban sólo en el afán de posesión de un pedacito más de jardín, sino en lo que éste significaba como promoción de la "imagen" de cada uno en la sociedad. El ser social no debe verse limitado, mutilado por las laceraciones de estos combates.

–¿La Iglesia se pronunció sobre el progreso y el desarrollo en los términos en que usted los plantea?

–Para responderle me parece oportuno volver a *Rerum Novarum,* que es donde el Papa analiza las consecuencias de la revolución industrial y considera la injusticia del liberalismo salvaje –precisaré: "manchesteriano"– para que los buenos liberales no se sientan aludidos. Cuando León XIII, conde Pecci, habla de "las cosas nuevas" toca, entre otros, el tema de la relación obreros-empresarios porque esto es "lo nuevo". Todavía no entra de lleno en la cuestión social como tal, con todos los elementos que hoy constituyen la problemática económico-social. Pero ya la avizora.

Downloaded by Paul (pablomv15@gmail.com)

He vuelto a estudiar cuidadosamente *Rerum Novarum* a cien años de su publicación. Me impresionó encontrar enunciados verdaderamente proféticos. Encuentro notable lo que dice a propósito del marxismo, cuando aún no había nacido el "socialismo real", término con que los alemanes designaron el bolcheviquismo, en contraposición con actitudes más mesuradas.

En ese momento el Papa enfrenta el socialismo como una opción teórica, no hay aún ninguna realidad histórica en la que se encarne. Sin embargo, alude al peligro de que los medios de producción sean estatizados, no socializados, y el estatismo tiene poco que ver con el socialismo. Una lectura actual da la sensación de que esta Encíclica hubiera sido escrita en 1989.

¿Cuáles son las claves de la *Rerum Novarum* ? Ante todo, volver a plantear la prioridad del ser humano. Habla, en aquel tiempo –entiendo que, aunque reiterada, esta precisión es muy importante– del derecho de asociación de los obreros. Entonces hasta los gobiernos que parecían muy liberales, como el inglés, consideraban la agremiación obrera un hecho subversivo. Los sindicatos estaban perseguidos, en tanto las agrupaciones empresariales eran legítimas confederaciones. La idea de legitimar igualmente la unión de quienes tienen menos asustaba a los poderosos.

León XIII es claro sobre el derecho de libre asociación y lo plantea con un argumento muy sencillo: si los que tienen poder pueden asociarse en defensa de sus intereses, cuánto más justo será que lo hagan para defender sus derechos quienes no tienen otro bien que la fuerza de su trabajo.

Establece, asimismo, el derecho a una remuneración justa, aludiendo a todas las necesidades que un salario debe alcanzar a cubrir, no sólo para quien trabaja sino para toda su familia. Habla del derecho al ocio, de las vacaciones, del feriado y lo hace con sentido muy claro,

inusual en ese momento cuando parecía que lo único importante era producir a cualquier precio, aunque fuera terrible el costo humano.

–¿Esta posición de la Iglesia aparece abruptamente o hay hechos que la anticipan?

–La Encíclica no nace de la noche a la mañana. Fue estudiada, discutida y preparada con tiempo y cuidadoso esmero. Al conocerse logró una buena recepción. Había en ese momento una cantidad de obispos con sentido social definido y, como suele ocurrir, también una cantidad de laicos cristianos que debatieron apasionadamente los temas planteados. Esto resulta aún más notable en el congreso de Friburgo antes del '89.

Quisiera precisar que, a pesar de que la unión entre el trono y el altar se había deshecho formalmente, la Europa de entonces (¿como la de hoy?) estaba llena de nostálgicos. Ser católico podía vincularse con ser restauracionista, con el hecho de tener añoranzas de aquel mundo que estaba definitivamente muerto, gracias a Dios.

–¿El paso siguiente en la consideración eclesiástica de los problemas sociales se da mucho después o se aceleran los tiempos?

–Pasan cuarenta años entre *Rerum Novarum* y *Quadragessimo Anno,* que se llama así precisamente aludiendo al período siguiente de silencio que es relativamente breve. En ese lapso se producen hechos históricos de enorme trascendencia; la caída del imperio alemán, la guerra del '14 al '18, la revolución de octubre que derroca a los zares.

Cuando León XIII escribía su Encíclica quedaban cinco Imperios en el mundo y la reina Victoria era coronada Emperatriz de la India. Pero todo aquello que hoy suena tan solemne llegaba a su fin.

Quadragessimo Anno, que empieza a gestarse en 1929,

Downloaded by Paul (pablomv15@gmail.com)

es la obra de un Papa del que hoy diríamos que "tiene poca prensa". Quizá porque Pío XI era una persona de mal carácter, aunque tal vez sea más justo aludir a un carácter muy fuerte. Quisiera agregar que ha sido uno de los Papas más valientes, de los más directos. Su lucha contra el fascismo no tiene parangón entre los Pontífices que lo sucedieron.

Se opone al nazismo desde su origen y lo hace con gran decisión. Creo que es pertinente recordar una de sus frases más claras y riesgosas: "Somos espiritualmente semitas", dicha cuando comienza la persecución de los judíos en Alemania, la iniquidad mayor del siglo y probablemente de la humanidad en toda su historia.

En *Quadragessimo Anno* hay grandes avances. Empieza por recordar las circunstancias históricas en que el Papa escribe esta carta, que son, como decía, muy distintas de aquéllas en las que surge la *Rerum Novarum*. La primera diferencia que subraya Pío XI es una evolución del socialismo; remarca, además, que no todos los socialismos son iguales.

Alude a la distancia que media entre tratar de destruir el orden social existente o tratar de cambiarlo por medio de la evolución. Sin mencionar explícitamente al "socialismo revolucionario" y al "socialismo democrático" creo que de alguna manera los distingue. No son exactamente los términos que usa pero me parece que resumiendo de este modo facilito la compresión de su pensamiento sin traicionar las ideas.

Sigue rechazando la solución socialista, aunque entre quienes adherían a ese modelo de organización, al menos en algunos casos, ya lo anticlerical había sido dejado de lado. Las sociedades socialistas de Europa occidental eran laicas, pero no se mostraban particularmente combativas con el catolicismo. No iban más allá de lo que consideraban sus necesidades de defensa. Todavía sobrevivían católicos muy agresivos entre quienes llamo nostálgicos. Creo que el primero que rompió con esas nostalgias fue Pío XI.

Por cierto que el mundo había cambiado. Esta Encíclica es del año 1929, en los umbrales del año '30 de triste memoria.

–¿Usted vincula esos episodios con una crisis del sistema?

–Podría decir que sí, en alguna medida. Aquel libre comercio, una especie de dogma intocable, agudizó diferencias enormes. Casi dejaron de existir las empresas "de familia", de todo tipo, así fueran estructuras de trabajo casi artesanal o pequeñas usinas. La libre competencia permite, en cierta forma, que surjan los monopolios. Y esto no es una anécdota. Tiene profundo significado social. Recuerdo, para quienes no lo sepan, que en Estados Unidos se dictó una ley impidiendo los monopolios y el trust que ya eran el pan nuestro de cada día.

El Papa expresa en ese momento conceptos que hoy repetimos considerándolos perfectamente normales. Sin embargo, él fue el primero en enunciarlos desde la Cátedra de Pedro con fuerza y claridad: el imperialismo internacional del dinero no tiene patria, existe allí donde encuentre posibilidades de éxito y se instala donde espere obtener ganancias.

En ese momento, se intentaba poner remedio a una situación que parecía rebalsar los límites socialmente tolerables y se implementó el New Deal. No soy quien está destinado a investigar este tema pero me parece muy interesante ver hasta dónde llegó el avance del mundo industrial siguiendo sus propias reglas.

El Papa Pío XI rescató los temas económico-sociales. Ya no se trata del conflicto obrero-patrón. Es algo mucho más complejo, intervienen otros elementos y el Estado juega un rol de gran importancia. *Quadragessimo Anno* reclama un Estado fuerte. Creo que ésta es la primera vez

Downloaded by Paul (pablomv15@gmail.com)

que la Iglesia intenta mostrar con claridad el papel irrenunciable del Estado.

Cuando se habla de la fortaleza del Estado no hay referencia ni admisión alguna de formas autoritarias de gestión. Ya hemos dicho cuál era en ese momento la actitud del Pontífice ante el avance de las dictaduras europeas. Se propuso un Estado que cumpliera su función esencial, que es la de velar por todos, asegurar a todos el acceso a los bienes, la posibilidad de vivir siendo respetados todos los derechos humanos.

–¿El Papa se limita a la enunciación de problemas o propone alternativas?

–La Iglesia como tal no tiene modelo que proponer. Sin embargo, Pío XII hace una tentativa –probablemente inspirado por el padre Pesch, un jesuíta muy docto en cuestiones sociales– de favorecer una red de estructuras intermedias y el reconocimiento de la presencia de las corporaciones en algunas áreas de decisión. Esta iniciativa se ve frustrada por la manipulación que de algunas de estas ideas hace el fascismo, crispando el sentido del rol posible de las sociedades intermedias y estableciendo mecanismos corporativistas muy autoritarios.

Pío XII es un Pontífice de extraordinaria cultura, capaz de dirigirse a cada grupo hablando del tema específico que les interese y hacerlo de manera notable, así fueran sus interlocutores sabios o ciclistas, costureras o literatos. Sin embargo, no sistematiza su pensamiento social, que estableció una continuidad con el de las Encíclicas de sus predecesores.

Es igualmente singular, diría incluso extraño, su silencio en el tema judío. Completamente diferente a la actitud de Pío XI (de quien el entonces cardenal Pacelli había sido secretario de Estado), de modo que estaba bien al corriente de sus pronunciamientos y probablemente compartía sus criterios.

Tiene que llegar Juan XXIII, quien es Papa ya muy anciano, a una edad en que hoy los obispos llevan dos años jubilados, para que la Iglesia vuelva a decir su palabra sobre el ser social.

–Juan el Bueno, como lo llamaban sus fieles, es de origen humilde. ¿Su actitud pastoral tiene algo que ver con su condición social?

–Me parece muy justo el modo en que el pueblo designa a Juan XXIII, Angel Roncalli, por todos bien conocido como el Papa Juan el Bueno. No me propongo interpretaciones psicológicas o sociológicas improvisadas y sumamente discutibles. Fue un pastor al servicio de su grey, cosa que hizo de manera admirable. Casi seguramente es elegido para cubrir un período de transición, habida cuenta de que estaba por cumplir 78 años. Aunque León XII murió a los 91, esto puede considerarse excepcional.

Este hombre anciano, cuyo pontificado debía ser previsiblemente breve, provoca el más extraordinario movimiento de la Iglesia en los últimos siglos: el Concilio Vaticano II. Además escribe dos Encíclicas sociales en sólo cuatro años.

Primero nos entregó *Mater et Magistra,* ratificando las Encíclicas anteriores y estableciendo un principio de extraordinaria importancia respecto de la subsidiaridad.

En el Vaticano II nos ha recordado a los obispos que nuestra misión es servir, que en la Iglesia Católica nadie tiene un cargo más importante si no es en orden al servicio más entregado y más comprometido. Por eso al Papa se lo llama siervo de los siervos de Dios.

El obispo no debe ejercer su poder –así está en el Evangelio– a la manera humana. Cito: "No hagáis como los que tienen poder, que imponen su autoridad sobre los que gobiernan. No sea así entre vosotros. El que quiera ser primero, hágase siervo de todos".

El Concilio señala vigorosamente que ningún organis-

Downloaded by Paul (pablomv15@gmail.com)

mo superior hará lo que puede ser hecho por un organismo inferior y enfatiza, personalizando con mucha fuerza, el concepto de que todo tiene que servir al hombre y de ninguna manera debe ahogarlo, mutilarlo o apagarlo.

Si de deformar, ahogar y mutilar se trata, cada día vemos lo que hacen con los seres humanos las estructuras de las burocracias que conocemos. Creo que valen los ejemplos en este sentido que propone Antonio Gasalla con sus empleadas mandonas, sus enfermeras implacables, esa galería de seres deformados por la función, destruidos en cuanto tienen de humano. Nos reímos con ellos, pero es doloroso pensar que están arrancados de la realidad. Quizá la caricatura los dote de gestos, de atuendos ridículos, pero lo tremendo es esa sensación imperterrita, esa espantosa rigidez de la que es imposible moverlos para tratar de descubrir una fibra humana. Estas deformaciones las conocemos y con frecuencia las padecemos, pero sobre todo las padecen ellos mismos, quienes terminan por ser meros engranajes de la implacable maquinaria burocrática.

Juan XXIII anhela todo lo contrario. Nos habla de una sociedad que atienda a la persona, que sea fundamentalmente personalista. Es el respeto al ser humano y su integridad lo que importa, lo único que cuenta.

–¿Esta actitud de respeto al individuo es lo que considera más relevante de la tarea que usted califica como "revolucionaria" del Papa Roncalli?

–Puede ocurrir que digamos la misma palabra sin otorgarle el mismo sentido; tratemos de acordar a qué aludimos con lo de "revolucionario". Me parece de la mayor importancia destacar que ningún Papa, hasta ese momento, había pensado fuera de los límites de Europa. Es Juan XXIII, en un gesto absolutamente innovador (¿revolucionario?) quien mira al resto del mundo. Y lo que ve aún nos sobresalta. En Africa, por ejemplo, se estaba retirando el colonialismo, pero dejaba tras de sí tierra arrasada. El dolor, la miseria, los millones de personas que en pleno siglo XX mueren de hambre, quedan a la vista.

Recordemos algunos episodios que nos mostró el cine (a esta altura de mis comentarios ya está claro que soy un apasionado cinéfilo). Una gran película testimonial es *La batalla de Argelia,* ese antológico film de Gillo Pontecorvo. Allí vimos cómo una guerra de liberación termina en terrorismo, y también con qué armas se combate. El horror está en la pantalla, ante nuestros ojos. Argelia logra finalmente su independencia aunque de un modo sangriento. Y lo primero que hacen muchos argelinos es huir despavoridos hacia la metrópoli. Se van a Francia. El gran problema para los franceses comienza a ser cómo impedir que los "pieds noir" pasen sus fronteras.

Tengo una experiencia personal de lo que ocurre cuando los colonizadores se van con sus petates, llevándose las riquezas que conquistaron. Conocí Tanger en 1955, cuando era lo que llamamos un "puerto libre". En las vidrieras de sus avenidas se encontraba lo mismo que en la Galerie Lafayette de París. Elegantes negocios para que se aprovisionaran los colonizadores. Era una ciudad luminosa, opulenta. Volví treinta años después y encontré la decadencia y el abandono, se lo llevaron todo: luces y vidrieras, sólo quedó el más tremendo desamparo.

Millones de personas compartimos la pasión por la libertad, la independencia, la defensa justísima de la identidad de los pueblos, pero también tenemos noticia de que en las entrañas de esos reclamos anida la miseria, una feroz miseria. Y creo que conciliar la búsqueda del goce pleno de la libertad y el legítimo deseo de bienestar son aspiraciones que deben ir juntas, aunque parezca casi imposible. Con cierto desánimo se podría argüir que muchos de estos esfuerzos terminan generando regímenes fundamentalistas, en el sentido peyorativo del término.

Es éste el mundo que mira Juan XXIII. Es a sus recla-

Downloaded by Paul (pablomv15@gmail.com)

mos de paz, pan y justicia que debe dar respuesta. Y no debe hacerlo como un gobernante sino como un hombre que encarna la palabra de Dios.

Juan XXIII fue el primer Papa que se dirigió a los pueblos de países subdesarrollados, sus Encíclicas significan grandes pasos hacia adelante, grandes logros. Quizás uno de los más notables haya sido el hecho de que a partir de ese momento el tema europeo no fuera el único que centra la atención del Vaticano. Hasta *Mater et magistra* a nadie se le pasó por la cabeza esta idea.

A mi entender, ésta es una Encíclica revolucionaria también por otras razones: es la primera carta que no está dirigida a los Obispos sino que está escrita para que llegue a todos. Fue un gran ejemplo. Desde entonces, todas las Encíclicas se dirigen no sólo a los cristianos, católicos o creyentes sino a todas las personas de buena voluntad.

También fue el primer Papa que habló de subdesarrollo. Cuando sólo le quedaban cincuenta y tres días de vida, casi moribundo como consecuencia de un cáncer, todavía escribe. Quizá para probar que una verdadera vocación no sufre mengua por los años o los dolores. Su última y conmovedora lección fue *Pacem in Terris*. El mundo vive la guerra fría, se precisa la existencia de dos bloques en conflicto, el Occidental y el del Este. El Muro de Berlín es de una solidez aparentemente indestructible.

Le propongo que me permita volver a esta Encíclica cuando lleguemos al tema de los valores. Allí se habla de la paz. Es decir, se habla del fundamental respeto por el valor absoluto de la vida. El sucesor de Juan XXIII, el Papa Montini (Pablo VI) que, por cierto, no tenía el mismo origen social que el Papa Roncalli, es el Pontífice que vuelve a provocar un revuelo notable con *Populorum Progressio,* en mayo de 1967. Se trata de una Encíclica que fue muy atacada. Se llegó a decir: que proponía "un marxismo recalentado". ¿Y esto por qué? Creo que se debe a que Pablo VI afirma que el nuevo nombre de la paz es

desarrollo, pero no se refiere a un desarrollo mera y solamente económico sino integral, es decir, de todos los pueblos y en los pueblos de todos los hombres y de todo el hombre.

Al analizar los rasgos que definen el capitalismo liberal el Papa puntualiza tres puntos: primero, el lucro como motor esencial de la economía; segundo, la libre concurrencia como ley suprema y, tercero, la producción como valor absoluto e intocable. En estos tres puntos basa su crítica. Como ve, no se trata de detalles accesorios sino de contenidos esenciales. El Papa se atreve a decir claramente –y esto molestó a muchos liberales– que el desarrollo de los pueblos ricos no es independiente de la miseria de los pueblos pobres. Comienza a desarticularse el colonialismo y aparecen nuevos países y nuevos problemas. Esto, sin duda, preocupa mucho a Paulo VI, también lo preocupa el continente americano y el atraso en que viven millones en el "Continente de la esperanza".

A Pablo VI le sigue un Papa polaco, que viene del Este y del cual se podía temer un anticomunismo virulento, puesto que él, como hombre de la nación polaca, soportó una de las dictaduras más fuertes del imperio soviético. Sin embargo, en 1981, en su primera Encíclica social *Laborem Excersens* hace un duro ataque al liberalismo y provoca la crítica de estos sectores que se sienten peor tratados que el marxismo. Esto no es verdad. Es muy difícil establecer equidistancias entre sistemas que no son equidistantes, si bien es cierto que marxismo y liberalismo tienen una raíz común, en cuanto el hombre es –en uno y otro– factor de producción y de riqueza, sin entender que siempre la economía debe subordinarse al hombre y no lo contrario. El Papa proclama un principio que es el más original de la Encíclica: el valor del trabajo subjetivo. Esto es revolucionario. No hay que preguntarse cuánto produce el hombre, sino cuánto bien le produce al hombre como tal el trabajo que hace. Cuando hay des-

Downloaded by Paul (pablomv15@gmail.com)

pidos masivos con la idea de que éstos servirán para "modernizar la industria", modernización que en principio apoyo, queda pendiente un interrogante: al dejar cesantes a miles de personas, ¿se piensa en el valor subjetivo del trabajo? Es necesaria una respuesta que no está en mí dar.

En 1987 el Papa escribe *Sollicitudo Rei Socialis,* conmemorando un nuevo aniversario de *Populorum Progressio*, donde confirma todos y cada uno de los principios de esa Encíclica y vuelve a hacer una condena católica muy clara sobre el liberalismo concebido sólo como un sistema que propugna el lucro como factor esencial de la economía; la libertad de mercado como ley suprema y la propiedad privada de los medios de producción como principio absoluto. Esto es incompatible con la concepción cristiana del hombre, de la economía y, sobre todo, de ese aspecto de la economía que es el trabajo humano.

Presenta, además, la problemática de los bloques planteados como el Primer Mundo, el Segundo Mundo y el Tercer Mundo. El Papa señala entonces la existencia de un Cuarto Mundo, que aparece en los países más desarrollados. Quien haya tenido la posibilidad de visitar y recorrer países del próspero norte –desde los Estados Unidos hasta el centro de Europa, naciones como Alemania, Francia, Italia, España y aún los países nórdicos donde antes no había tan notables desigualdades– habrá visto que, en efecto, los trenes son puntuales y veloces, los teléfonos funcionan, pero al lado de ese casi perfecto ordenamiento está el mundo de los inmigrantes, la vida de los prófugos obligados a salir de sus tierras, que viven sin documentación, son explotados, agredidos. Están en el Cuarto Mundo, el de la marginación que se soporta junto al esplendor y la riqueza de los otros.

Esto es lo que el Papa señala como particularmente irritante: la marginación que la riqueza provoca. Viví durante muchos años en San Isidro, con sus áreas de gran

prosperidad y lujo. Allí también está "La Cava", la Villa Miseria más grande de nuestro país.

Los contenidos de *Centessimo Anno* son aún tema de debate, objeto de diversas interpretaciones, razón de arduas polémicas. Esta Encíclica tiene seis capítulos y sesenta y dos artículos. Casi todo el debate se concentra en el famoso artículo 42 que –recuerdo para los lectores que no frecuenten estos documentos– es donde el Papa plantea una pregunta muy difícil de contestar: una vez caído el comunismo, es decir, aquel llamado "socialismo real", ¿no queda otro camino que el liberalismo?

La respuesta pontificia tiene sólo dos parágrafos. En el primero dice: si por liberalismo se entiende la libre empresa, la creatividad del hombre, el valor de la iniciativa individual o privada, esto es claramente aceptable. En el segundo parágrafo nos dice: si esto no se enmarca en un contexto jurídico donde la libertad económica esté puesta al servicio de una libertad muchísimo más profunda e integral, esto es absolutamente inaceptable.

Creo que es imprescindible valorar de igual manera los dos aspectos de la definición. No sé si algunos liberales de antigua estampa están convencidos; es más, ni siquiera bien informados sobre el valor normativo y el peso del segundo parágrafo.

Me parece que ya son muy pocos los que dudan de la importancia de la iniciativa humana y de la validez de la empresa. Nuestra historia está llena de ejemplos en ese sentido. En estas tierras hemos visto hasta qué punto se modificaron sus contornos y se generaron sus riquezas latentes por la visión y el trabajo de los hombres que hicieron con sus propias manos un país.

Sin ánimo de llevar al lector a compartir mis opciones quiero dar cuenta de mi sorpresa ante el descubrimiento de un personaje histórico gracias al libro de Félix Luna, *Soy Roca.* Por mi formación juvenil fui durante la mayor parte de mi vida un "enemigo" de Roca y, quizá por eso,

Downloaded by Paul (pablomv15@gmail.com)

a pesar de ser un lector muy ávido que trata de mantenerse al día, postergué y de algún modo me negué al desafío de afrontar el texto de Luna.

Cuando Frondizi comenzaba su gestión como presidente de la República lo había oído referirse a situaciones políticas poniendo como ejemplo a Roca, pero como él solía hacer síntesis para mí extrañas, no me conmovieron demasiado las citas.

Muchos años después, aparece el libro *Soy Roca.* Afronté su lectura cuando ya figuraba en las listas de best-sellers y lo hice superando mi prevención ante este tipo de clasificaciones de méritos por éxito de ventas. Afortunadamente no me detuvo el prejuicio, porque leyéndolo me encontré con algunos personajes sensacionales. El libro de Luna es una prueba de cómo el hombre que está al frente de un régimen deleznable, y aun cuando él mismo muestra distintas facetas, algunas admirables y otras lamentables, puede tener, sin embargo, una visión precisa sobre el país que quiere construir y la manera de hacerlo.

–¿Luna lo convenció sobre Roca?

–Abro un paréntesis fundamental: más allá de que la historia lo pueda redimir como estadista, queda pendiente la exterminación de una raza. Mi rechazo sigue vigente al considerar el problema de los indios. No me parece cristiana la "solución Roca". Quise citar el libro de Félix Luna porque nos muestra a un hombre metido en su realidad, con sus límites y sus utopías, pero nos hace ver, también, la manera en que dentro de esos límites, a veces deformantes, y con esos sueños, a veces desmedidos, una persona colabora de modo ya insustituible para construir una nación. De algún modo nos ilustra sobre la necesidad de aceptar que la realidad humana es sumamente imperfecta y que es muy arduo el camino a recorrer tratando de construir un ideal de vida terrenal. Hay quienes

aceptan que su existencia transcurra entre riesgos, precipicios, caídas y hasta horrores.

Sin embargo, existen valores en la defensa de los cuales no deben admitirse concesiones: ante todo la conciencia del prójimo como tal, el respeto por el otro.

–Si dejamos a Roca librado al juicio de la historia podemos regresar al tema de la Iglesia y el ser social.

–Volviendo a Juan Pablo II, de cuyas Encíclicas hablamos, quiero agregar un comentario de tipo más bien personal. Con alguna frecuencia he oído expresiones de quienes creen poder entender sus palabras y hasta interpretarlas, pero al hacerlo se obstinan en subrayar su condición de *Papa straniero,* como lo llamaron al principio los italianos. Ciertamente es polaco y esto tiene connotaciones culturales.

Incluyéndome en un plural muy vasto digo que muchos "queríamos un Papa encarnado que no fuera italiano". Pues bien, un Papa más encarnado que éste es impensable para mí. Es íntimo, profundamente polaco en su pasión por la tierra de sus ancestros, adonde ya fue cuatro veces desde que la abandonó. También debo decir encarnado porque interviene, argumenta, se mete en el mundo. Está en él como Pontífice: defendiendo el valor supremo de la paz y además insistiendo en el tema del trabajo.

En este mundo convulsionado es adalid de la paz y del valor supremo de la vida. Hay dos gestos importantísimos para definir cuánto entrega Juan Pablo II en este terreno: el primero, aceptar la mediación en el conflicto entre Chile y Argentina cuando acaba de ser designado Papa, contra la opinión de todos sus colaboradores. Esta mediación fue un verdadero calvario. Y el segundo, su posición frente al conflicto del Golfo (1991).

Con respecto al primero, su tarea tiene algunos rasgos extraordinarios: ante todo, no haber pedido a ninguno de

Downloaded by Paul (pablomv15@gmail.com)

los dos países en litigio garantía alguna, lo que hacía su gestión muy ardua, especialmente con las autoridades militares en Argentina. Quisiera destacar que fue muy sacrificado y difícil el trabajo de todos. Conviene refrescar memorias cortas. Cuando el Papa acepta laudar, lo hace para impedir la guerra, que estaba virtualmente declarada. Yo entonces ya era obispo y recuerdo una reunión en la que el vicario castrense nos dijo: "Señores ya no hay nada que se pueda decir. Si alguien en este momento no logra que el Papa tome el teléfono y hable con Videla, estamos perdiendo el tiempo".

Debo señalar, antes de continuar con el relato de los acontecimientos de ese momento, cuál es y ha sido mi posición ante el general Videla. Fui y soy un enemigo de la represión absolutamente inhumana que avasalló todos los derechos del hombre, aun los más primarios. Dicho lo cual puedo agregar que sin la intervención de Videla no hubiéramos conseguido la paz con Chile. Considero mi deber distinguir claramente ambos temas.

Por lo que sé, toda la Junta Militar se oponía a cualquier tipo de acuerdo. Sólo Videla no quería la guerra. No digo que fuera el único militar que estaba en esta posición, pero es mi convicción que era el único entre los que tenían poder de decisión.

Solicitada la mediación del Papa, éste acepta y al hacerlo comienza a recorrer un largo y azaroso camino hasta que, ya instalada la democracia en Argentina, se realiza el plebiscito sobre la cuestión del Beagle y la posición de acuerdo triunfa por el 70 por ciento de los votos.

Quizás esta paz consolidada en democracia y legitimada por la voluntad social se la debamos a que supimos aprender la amarga lección de las Malvinas. Si no hubiéramos padecido en nuestra propia carne la desolación y el desgarramiento que generó esa locura, no sé qué habría ocurrido con Chile. La derrota de las Malvinas de algún modo nos hizo bien, como todo aquello que permite

conocer de cerca lo que significa dolor, mutilación y muerte.

El otro gesto significativo de Juan Pablo II en la defensa de la paz fue su inflexible postura durante la guerra con Irak. En esta oportunidad el Papa estuvo prácticamente solo. A veces se habla de las buenas relaciones papales con los Estados Unidos, pero en verdad creo que entonces, en el gobierno norteamericano, eran muchos y muy poderosos los personajes indignados con Juan Pablo II.

El Papa clamó por la paz. No defendió –y por supuesto, no hubiera podido hacerlo de ninguna manera– la locura del gobierno iraquí. No abandonó al pueblo de Kuwait, pero creía y sigue creyendo que en estos tiempos no puede estallar una guerra sin poner en peligro a toda la humanidad.

Por otra parte, al margen de la calificación moral que merezcan las dictaduras, en Irak iban a morir seres humanos. De hecho, mientras Estados Unidos tuvo pocas bajas, aún no podemos imaginarnos siquiera lo que esa guerra significó para Irak y su costo en vidas humanas. Merced a la habilidad de quienes manejan los medios, lo que más recordamos es el famoso pato negro, brillante y semiahogado por el petróleo derramado en las limpias aguas del golfo.

La posición del Papa no se basaba en diferencias de credo. Por cierto el fundamentalismo iraquí es tremendo, pero cuando el Papa intervenía lo hacía por razones de estricta humanidad.

Yo estaba en Europa cuando empezó el conflicto y debía ver a Su Santidad al día siguiente. Juan Pablo II se enteró del comienzo de la guerra al concluir el día. Pasó la noche en oración. Luego habló. Lo hizo desde lo más profundo de su corazón, eligiendo cada palabra. Con tanta firmeza como humildad señaló un camino. Y todo lo que dijo fue inútil, es tremendo pensar que fue completamente inútil.

Downloaded by Paul (pablomv15@gmail.com)

Insistió en la necesidad de que hubiese negociación y se mantuviera la paz, que se cediera tanto como fuera posible ceder para evitar la guerra. Mi admirado Ernesto Sabato suele citar a Nietzsche y Burckhardt, diciendo que "personalmente no creo que la historia progrese". Yo no puedo adherir plenamente a esta afirmación porque tengo una fe que él todavía no explicita, pero por cierto la duda es legítima. Acercándonos al fin del siglo XX la humanidad no puede negarse a buscar, y a insistir tercamente en la búsqueda, hasta encontrar soluciones que no tengan como culminación la muerte. Si esto ocurre, dudemos del progreso.

–¿Entonces la Iglesia debe o no debe intervenir en la gestión del poder?

–Creo que la Iglesia no tiene por qué intervenir en la gestión del poder temporal, pero se reserva el derecho de hacer críticas, y especialmente de hacerlas con toda su fuerza cuando se trata de lograr que los sistemas de convivencia sean más humanos.

Vuelvo a poner un ejemplo concreto: cuando refiriéndose a la situación en nuestro país el Papa habla de la necesidad de un ajuste equitativo, me pregunto: ¿se puede hablar de otra manera? Es mi firme convicción que en cualquier sistema debemos señalar lo que éste tiene de menos humano.

Yo, como obispo, no tengo posibilidad ni mandato para decidir cuál es la solución, no tengo que presentar alternativas temporales, pero es mi obligación señalar las injusticias y condenarlas.

Confío en que la Iglesia nunca más intervenga de manera directa en la gestión del poder, pero espero igualmente que siempre esté contra la injusticia social y la guerra. Creo que es su misión hacer todo lo posible por evitarlas.

Parece que nos acercamos a una paz duradera, ahora que el socialismo totalitario ha terminado. Pero no por eso la historia ha llegado a su fin ni es tan sencilla una

predicción como la enunciada de manera tan clamorosa como superficial. Es cierto que hemos asistido al derrumbe de un proyecto de sociedad que parecía iba a transformar el mundo. Su estrepitoso final y las crecientes dificultades que afronta el antagónico neoconservadorismo son sólo datos de un cambio notable. Reitero cambio y notable, añado histórico. Sus consecuencias son difíciles de anticipar.

El capitalismo, nacido de la revolución industrial y creación económica del liberalismo, también vive una profunda crisis que afronta de diversas maneras. Una de ellas es intentando lograr formas más humanas de convivencia, como intentan promover algunos sectores en Europa y los Estados Unidos.

–¿Su optimismo con respecto a la búsqueda de salidas socialmente más justas es una propuesta de esperanza o cree realmente que "algo está cambiando"?

–Lo primero es ver claro y, a mi entender, el gran problema escamoteado es el que se origina cuando se intenta magnificar los logros de la competitividad sin límites. Suele ocurrir que de ese modo nace una suerte de idolatría por las famosas leyes del mercado, pretendiendo que por sí solas pueden arreglarlo todo.

Hay algo que no lograrán nunca las leyes del mercado, porque no está en la ética de su funcionamiento: producir distribuciones más justas. Aunque pensando en tiempos históricos los poco más de cien años pasados desde la *Rerum Novarum* pueden ser considerados como un período relativamente corto, algo quedó claro y vigente: la ley de oferta y demanda –es decir, la ley del mercado que en su momento estudió Marx– puede ser un instrumento apto para producir más riqueza. Subrayo lo de instrumento, para relativizar su valor normativo y creador. El mercado y sus leyes son sólo una herramienta y el uso que de ella se haga es lo que importa.

Downloaded by Paul (pablomv15@gmail.com)

Está igualmente claro que las economías planificadas del llamado "socialismo real" tienen tantas o más dificultades que el libre mercado en materia distributiva.

No es mi intención, ni podría serlo, discutir estos temas desde la economía. Soy sacerdote, es decir, hombre de Dios para los hombres: mi tarea es la gente, sus pesares, sus angustias, sus posibilidades de realización, sus alegrías, sus esperanzas y sus padecimientos. Debo confortar en el dolor, ayudar a superar las dificultades, asistir ante la duda, compartir el júbilo, acercar a la paz. Nada de esto puede hacerse fuera del mundo y las leyes que lo rigen. Debo, por lo tanto, tener ante mí el universo en que vivimos para poder servir mejor y de esta manera cumplir mi tarea, realizar mi vocación sacerdotal. Es como sacerdote que intento una opinión sobre la competitividad, que puede llegar a constituir una herramienta útil si se la sabe usar. Hay en la competencia algo bueno y algo malo. Es bueno ejercitar cierto poder sobre la naturaleza, por ejemplo; es bueno que el hombre con su esfuerzo intente vencer obstáculos que impidan su realización. No es bueno que esto se haga a cualquier precio.

Innecesario decir que no es bueno dominar la naturaleza hasta destruírla, para poner un ejemplo indiscutible y claro. Y sobre todo no es bueno, definitivamente no es bueno, que la competencia se haga a cualquier precio y contra el hombre. Contra el otro, aquel prójimo que debe ser destinatario de nuestro esfuerzo, objeto de nuestro amor y razón de nuestra vida. Esto no vale sólo para quienes tienen una misión pastoral, creo que es la única manera de vivir la fe cristiana.

Querría hacer una breve alusión a lo que son los derechos primarios del hombre, hablo de los derechos humanos simplemente, sin mayúsculas. Entre ellos el primero, el derecho a la vida; además de alimento, vivienda, protección de la salud, del derecho a la libertad (y en la libertad la primera es la religiosa, que fundamenta a las

otras), incluyo como primordial el derecho al trabajo.

–¿Maldición bíblica o derecho primario?

–Es un derecho primario porque el hombre no sólo necesita trabajar y ganar lo necesario para comer, educarse, atender a las necesidades de su familia. Antes que nada, y por ser hombre, es fundamental que su virtualidad opere sobre la realidad, que su riqueza aparezca por su esfuerzo y de este modo pueda realizarse subjetivamente.

Uno de los más notables logros de Juan Pablo II en su doctrina social, yo diría que el mayor, ha sido hablarnos no sólo del sentido objetivo del trabajo que todos conocemos. Lo más importante es reconocer el valor de la subjetividad del trabajo, no lo que éste produce sino cuánto éste mejora y perfecciona a los seres humanos. El Papa afirmó en más de una oportunidad que nadie tiene derecho a la posesión de bienes si no es en favor del trabajo.

Dejó claramente expresado el valor de la propiedad privada, de los medios de producción, a los cuales la Doctrina Social de la Iglesia nunca ha renunciado, y señala que esto tiene un solo justificativo: servir al trabajo y no aceptar la riqueza que engendra miseria. Algunas veces ha repetido estos conceptos en sus visitas a Latinoamérica y no siempre fue bien entendido.

Un enfoque parcial del trabajo del hombre es verlo sólo vinculado a la cadena de producción, y considerar mejor trabajador a quien produce más. El Papa se pregunta por qué no hablar del trabajo subjetivo. Debemos preguntarnos cuánto se enriquece alguien como persona haciendo lo que hace.

Podemos ver cómo aparece de nuevo en primer plano el trabajo alienante en la película *Tiempos modernos.* Pensando en estos temas también entenderemos la razón de la locura del personaje de *La clase obrera va al paraíso,* protagonizada por Gianmaria Volonte y dirigida por Elio

Downloaded by Paul (pablomv15@gmail.com)

Petri. La historia de un hombre simple tratando, vanamente, de saber qué se producía en la fábrica donde trabajaba ocho horas, repitiendo un solo gesto sin destino, sin trascendencia, que lo convertía en parte de la máquina y le negaba su condición humana.

Cuando discurrimos sobre "el ser social" y llegamos al valor del trabajo debemos admitir que la gente podrá acceder a ciertas tareas si "sabe hacer algo". Empecemos por el principio: hay millones de hombres y mujeres a los cuales no les es posible nutrirse bien desde que nacen. Es ya una primera inhumana limitación y tampoco en este caso las responsabilidades se delegan.

Millones y millones de personas casi no han tenido acceso a la instrucción. No estoy hablando de educación, uso un término que es bastante más restrictivo. Están también quienes no han tenido ningún desarrollo afectivo, y por lo tanto, saben poco y nada de lo humano. Esto quiere decir que millones de personas tienen vedado, en países competitivos como el nuestro, el acceso al mercado del trabajo. Recorriendo los barrios del conurbano, sin alejarse demasiado del centro iluminado y provocador de la ciudad, pueden encontrarse esos lugares sombríos, con frecuencia inundados, sin servicios ni seguridad, donde viven aquellos que no tuvieron chances, aquellos a quienes les negamos la posibilidad de salir del submundo a que fueron relegados. Y, sin embargo, luchan denodadamente por hacerlo.

Frente a estas realidades debemos descubrirnos responsables de que lo que pasa no sucede por casualidad. Debo agregar: no está en el plan de Dios que unos nazcan con el destino de alimentarse bien desde su nacimiento y otros, en cambio, estén desde el comienzo de su vida condenados al hambre. No está en el plan de Dios que haya seres humanos elegidos para la marginación y otros para el usufructo de todos los bienes. Es todo lo contrario.

Si estas desigualdades existen, lo que falla es la organización social. Cada uno de nosotros es parte de la sociedad. No es justo buscar siempre un responsable que sea otro ni siquiera el gobierno, mejor dicho, el Estado que, obviamente, tiene responsabilidades primordiales.

Cada uno de nosotros tiene a su vez responsabilidades sociales que agobian. Cuando digo nosotros digo todos. Todos compartimos inexorablemente la responsabilidad cuando el valor de la solidaridad se pierde, cuando el interés personal llega sólo hasta el límite de su propia morada. Creo que en este caso puedo servirme, para ejemplificar, de la excelente obra de Carlos Gorostiza, *Los prójimos,* que todavía sigue vigente más de 25 años después de su estreno. En esta pieza teatral alguien es testigo, desde una ventana, de un asesinato en la puerta de su casa y sigue, como si nada hubiera ocurrido, hablando de superficialidades, negándose, excluyendo cualquier intervención.

Negarse es una de las maneras más implacables de ser cómplice. Y la complicidad carga de culpa. En una sociedad en la que se viva con las libertades individuales intactas, debe reclamarse a todos los ciudadanos el cabal cumplimiento de sus deberes y sus responsabilidades con respecto a los otros. Hay muchas maneras de "borrarse" y todas debieran recibir sanción social.

No sólo las guerras tienen efectos devastadores. Hay otras formas más sutiles, menos evidentes de condenar a graves padecimientos a cantidad de seres humanos que por estas carencias pueden incluso perecer.

Estamos ante un plan de ajuste duro y me dicen que probablemente cualquier sector político que llegara al poder en este país se vería obligado a tomar medidas económicas severísimas. Si vivimos, como lo hemos hecho durante tanto tiempo, gastando más de lo que ingresa, llega un momento en que hay que reducir los gastos y aumentar los ingresos. Esto lo saben no sólo los economis-

Downloaded by Paul (pablomv15@gmail.com)

tas sino cada una de las personas que administra su hogar.

El ejemplo del ordenamiento doméstico es tan simple como ilustrativo. Pero, como dijo el cardenal Primatesta, no todos los sacrificios que la sociedad debe hacer para lograr el ajuste son iguales. No puede ser igual el aporte de quienes poseen bienes y fortuna que la contribución de aquellos que no tienen nada.

Y es allí donde aparecen nuestros deberes para ser asumidos como mandato moral, no como compulsión de la sociedad. El ser social me compromete, no puedo evitar mi condición de tal y por ella tengo derechos que es justo mantener y obligaciones que es ineludible cumplir. El deber hacerlo es un imperativo ético.

Hay quien puede leer en el diario o ver por televisión listas de personas vinculadas a hechos ilícitos que incluyen los nombres de gente que conoce, que frecuenta. Y hace lo de los personajes de Gorostiza, sólo que en lugar de cerrar la puerta, da vuelta la página o espera distraídamente la publicidad. Se informa, indiferente, sobre la comisión de delitos, reconoce los rostros y no se inquieta, no se conmueve.

Recuerdo episodios de mi infancia vinculados con el respeto a la palabra, el crispado "sentido del honor". Vuelven a mi memoria los precios a veces inhumanos, reprochables desde mi punto de vista católico, que se podían llegar a pagar por incumplimientos, por una palabra no "honrada" o un fracaso en la administración de bienes propios o ajenos, no hablemos siquiera de delitos.

La sociedad no reclama condenas que a veces terminaban con la vida. Tampoco en este caso el precio a pagar es la muerte. Se trata, con más coraje y modestia, de saberse pecador. Tomar conciencia, reconocerse como tal, solicitar perdón y luego de un profundo examen de conciencia, seguir viviendo para tratar de reparar, en lo posible, los daños causados.

No añoro los excesos de otro tiempo, me refiero a ellos sólo para recordar que alguna vez el respeto individual y social por la honradez era de una enorme fuerza, al punto de resultar arrasadora.

Hoy con frecuencia me sorprende y desconsuela ver cómo hay personas que aparecen ante la sociedad en los medios de comunicación masivos para explicar embrollos inexplicables. Y con tranquilidad justifican sus "desprolijidades" económicas, superficialmente, casi como anécdotas, sin tener en cuenta el alto costo pagado por la sociedad. Parlotean un ratito, muestran papeles borrosos y siguen tan tranquilos. Tratan de limitar, compartir o negar culpas, sólo eso. Puede ocurrir que las personas que entran en esta lógica ya estén siendo juzgadas y, a pesar de la lentitud de nuestros tribunales, ya hayan sido condenadas.

–Lo social y lo moral forman parte, según parece, de un mismo tejido. ¿Es así para usted?

–Estamos acercándonos a lo que consideraremos como ser moral y es oportuno hacerlo recorriendo un tramo en el que empecemos a hablar de la justicia. Si ponemos una oportuna mayúscula puede ser uno de los tres poderes cuyo eficaz e independiente funcionamiento garantiza la vigencia del sistema democrático. Justicia es, en fin, aquello que permite al individuo sentirse seguro. Si hay justicia el ciudadano sabe que cuando son lesionados sus derechos, puede recurrir al tribunal y poner las cosas en su sitio. Esto es precisamente hacer justicia. No solamente asegurar a cada uno lo suyo sino, también, reparar el daño.

Cuando la sociedad comienza a dudar de la justicia o de la ecuanimidad de las personas encargadas de administrarla, sentimos una enorme inseguridad, y puede ocurrir que los que debieran ser sólidos fundamentos de una buena conducta lleguen a resentirse.

Downloaded by Paul (pablomv15@gmail.com)

Acá es donde aparece el castigo como reaseguro social. Necesitamos tener conciencia de la posibilidad de ser castigados en la medida que nuestros actos perjudiquen al prójimo o al bien común. Sin duda lo ideal sería que no nos moviéramos por temor al castigo, pero debemos aceptar al hombre tal como es. Dudo de que lleguemos a ser absolutamente puros y absolutamente justos. Aunque quisiera creer en las utopías, algunas no parecen realizables. Es ilusorio pensar que el hombre actúe sólo por motivaciones positivas. Por eso existe la ley y existe la pena. Si fuéramos ángeles la ley carecería de razón de ser.

–Se refirió a tres poderes, al respeto por el otro, a la justa distribución. ¿Esto es para usted la democracia?

–El Episcopado argentino ha hecho una opción por la democracia. ¿Por qué? Creo que si bien la democracia no pertenece al orden de las cosas reveladas, es, sin embargo, como un eco temporal del Evangelio.

En el Evangelio se proclaman principios de fraternidad universal, de solidaridad entre los hombres y esto, hasta el presente, se puede realizar más plenamente en democracia que en cualquier otro sistema conocido.

Quisiera recordar un libro publicado en 1944, *Cristianismo y democracia,* del filósofo Jacques Maritain. Entonces él se preguntaba si las democracias occidentales, después de haber ganado la guerra, eran capaces de responder a los deseos más profundos del hombre sin una auténtica y rigurosa justicia social.

Reflexionando sobre estos temas en nuestra Argentina aún devastada, con traumas irresueltos, todavía en una economía desquiciada, que empieza a ordenarse a duro precio, creemos que hoy, más que nunca, la democracia debe ser entendida y respetada. Y debemos hacerlo no sólo como la consagra nuestra Constitución, lugar de encuentro de todos los argentinos; también debe ser sostenida como búsqueda de un permanente avance hacia formas de convivencia más participativas en las que el ser humano sea absolutamente el centro de todo.

La lucha por la justicia social no puede ser postergada o suspendida jamás. Si se nos pidiera esperar a que se logren tales o cuales objetivos para recién entonces empezar a luchar por la dignidad esencial del hombre, por un salario justo, por una auténtica y respetuosa participación, temo que nunca lograríamos esos objetivos. Enfatizo: nunca.

Debemos entender que la noción cristiana de democracia incluye desde el principio y fundamentalmente la justicia social. Esta afirmación está claramente señalada en los documentos del magisterio y muy especialmente resaltada en *Laborem Exercens.*

Para finalizar las consideraciones sobre el ser social, creo que un obispo tiene un papel irremplazable: junto con el anuncio de la salvación debe señalar todo cuanto se opone al plan de Dios, que ha hecho el mundo para todos y no para unos pocos. El haber nacido en algunas regiones de nuestro país, al que tanto amamos y por el que tanto padecemos, puede significar vivir menos de un año. Cuando un niño llega a la escuela desnutrido no podrá recibir la educación que sus maestros, por esforzados que sean, quieran trasmitirle. Estas realidades a las que aludo y seguramente todos conocemos, están contra el plan de Dios. No es éste un mundo en el que todos tengan derecho al goce de sus bienes.

Hoy el mundo es interdependiente y me parece claro que esa interdependencia se viva o bien como una forma de solidaridad o bien como una manera de sometimiento al imperio del más fuerte sobre los más débiles.

Está en cada uno de nosotros la opción. Pero la Iglesia ya ha dicho y reiterado su palabra.

Downloaded by Paul (pablomv15@gmail.com)

EL SER MORAL

Downloaded by Paul (pablomv15@gmail.com)

–¿Cómo establece la vinculación entre el ser social y el ser moral?

–Vale la pena precisar y limitar los conceptos para responder algunas de las preguntas que la enunciación de este tema plantea, y también para tratar de evitar las confusiones que pueden nacer de dar un sentido u otro a la misma palabra. Al comienzo de esta conversación tratamos de ver en qué modo y de qué manera se puede abordar la humana condición de ser social. En este orden de ideas lo perentorio, la clave, es el respeto al prójimo y la búsqueda del bien común. Debemos agregar que el ser moral está ligado al universo de los valores. Hablo de un hombre creado por Dios y ordenado a vivir la misma vida de Dios.

Entiendo reflexionar a partir del hombre en relación con el mundo. Cuando hable de valores me referiré a todo lo que permite al hombre serlo más plenamente. Arriesgando un neologismo llamaré "contravalores" a cuanto dificulte el crecimiento de la identidad humana, tal como la concibo de acuerdo al plan de Dios.

Hechas estas aclaraciones quisiera agregar que no tenemos por destino la soledad. Y no me refiero al simple y cotidiano "estar solos", sino a la consecuencia de una

Downloaded by Paul (pablomv15@gmail.com)

elección que no tiene en cuenta al otro, a los otros.

Para aclarar el punto debo decir que aun cuando una persona se retira al desierto para orar, lleva consigo a la humanidad entera. Recupero una frase de Pablo VI, quien hablando de la vida contemplativa dice que hay hombres y mujeres que se retiran del mundo para amar a la humanidad toda en el corazón de Cristo Salvador. Al hablar de soledad aludo a un cierto individualismo crispado que consiste en la tentativa de buscar la propia salida, la propia salvación, el propio desarrollo y crecimiento a cualquier precio, sin tener en cuenta para nada a los otros ni al bien común.

Me parece oportuno recordar una frase de Juan Pablo II: el hombre no puede vivir sin amar, está hecho para el amor. El amor implica al prójimo. Creo que todas las personas tenemos una capacidad –a veces limitada o contrahecha pero que está allí, en nosotros, en cada uno de nosotros– una capacidad, decía, de ser fraternales, de lograr plenamente aquello que se resume tan bien en uno de los capítulos del documento de Puebla: "hijo de Dios, hermano de los hombres y señor de las cosas".

Al mencionar la fraternidad entiendo que ha llegado el momento de referirme al prójimo. Mi búsqueda de una clara definición de este concepto ha sido ardua y aún no concluye, es más, se enriquece y precisa con el paso del tiempo y los encuentros.

En el Evangelio leemos que un doctor de la ley le pregunta al Señor ¿quién es mi prójimo? y no recibe una respuesta directa. Lo que Jesús le contesta es quién obró como prójimo. Se trata de la historia del buen samaritano que casi todos conocen y yo resumiré probablemente de manera imperfecta: frente a un hombre caído y apaleado alguien pasa sin detenerse; pero un extranjero, un samaritano, hace un alto en su camino, lo cuida, cura sus heridas, lo acompaña a la posada y da su dinero a quien encomienda el cuidado del enfermo.

De este modo se plantea muy claramente que la solidaridad no es sólo una obligación externa al hombre, por el contrario, es íntima y absolutamente necesaria para ser persona cabal. No debiera ser una ley que se nos impone desde afuera. Aquel que sigue de largo ignorando el padecimiento de otros se ha transformado en alguien infiel a sí mismo. Debo decir, con rudeza, que es inhumano. Para los cristianos, y aquí entra el específico tema religioso, la solidaridad y lo fraternal son constitutivas de nuestra misma esencia.

Siento mi fe católica muy arraigada en el judaísmo. No podría desgajarla. Quiero decir que si yo prescindiera de mi herencia judaica sentiría que me quedo sin una parte fundamental de la fe. Esto ya fue dicho, y de la mejor manera, por San Pablo aludiendo al olivo silvestre en el viejo tronco.

El hombre hermano del hombre está en esa herencia que reivindico. Ama a tu prójimo como a ti mismo es parte de la ley mosaica, no es una verdad exclusiva del Evangelio. En el Antiguo Testamento hay por lo menos dos referencias claras al amor al prójimo concebido de esta manera.

La novedad evangélica es la que nos manda amar a los otros "como Jesús nos amó", es decir en esa absoluta "sin medida" de la cual la entrega de la propia vida es la manifestación más perfecta. Toda otra realidad está ínsita en la vida y por tanto quien ha dado la vida lo ha dado todo. Lo que Jesucristo señala es una nueva ley: la medida que nos pone el Señor para amar al prójimo es exactamente la sin medida. Nos solicita la desmesura del amor.

–Esa "sin medida del amor", semejante "desmesura", ¿a quién debe entregarse? Por favor, denos una idea más clara de lo que entiende por "el prójimo".

–No pida que enhebre síntesis como si fueran cuentas de un collar. Creo que es Sabato, me parece que esta vez

Downloaded by Paul (pablomv15@gmail.com)

citando de modo más o menos casual a Einstein, quien dice que cuando alguien puede explicar la teoría de la relatividad con palabras simples, con "un discurso fácil para que todos la entiendan", conseguirá que crean haber sido informados sobre algo, pero esa información recibida sin duda no es la teoría de la relatividad.

No se puede dar una respuesta sencilla para un tema como el que nos ocupa. Decía que a la pregunta ¿quién obró como prójimo? el Señor contesta: el que tuvo compasión del otro. La respuesta que nos da es cómo se obra con projimidad, no quién es el prójimo.

Se ha indagado mucho sobre esto y me parece interesante anotar las observaciones de Von Baltasar, que durante largo tiempo fueron razón de mis cavilaciones. Son reflexiones que todavía me preocupan y confío en que esta preocupación me acompañe toda la vida porque no creo que se agote jamás la búsqueda cada vez más plena y comprometida de "el otro".

Von Baltasar dice que si bien todos los hombres son hermanos no todos son prójimos. Prójimo es aquel que aparece en mi camino. Con estas palabras alude a un hermano que es en cierta manera "arrancado" de la fraternidad universal y a quien Dios pone en mi camino cuando estoy apurado, distraído, absorto en lo mío, tal como en el relato evangélico del sacerdote y el levita respecto del hombre apaleado. Es decir: se dota a la noción de projimidad con un elemento de gran importancia: el prójimo es el hermano que aparece, sin remedio, en mi vida.

Durante algunos años me bastaban esta idea y sus consecuencias para abordar el tema, pero tiempo después encontré una definición más ardua, que por cierto nos compromete en mayor medida, y encamina con más precisión mis búsquedas: prójimo es toda persona que tiene derecho a esperar algo de mí. Es decir, no sólo quien está en mi camino, definición que implica y destaca la noción de proximidad, sino también aquellas personas que podría no llegar a conocer, a no encontrar jamás en mi senda. Para dar un ejemplo: el doliente africano que padece condiciones de inhumana subsistencia, por quien yo puedo hacer algo, es mi prójimo. Y debo acudir en su ayuda aunque jamás se crucen nuestras vidas.

Si trabajo por un mundo más justo, ese desconocido africano podrá esperar algo de mí. Es más, creo que tiene derecho a esperar projimidad de cualquier cristiano puesto que por mandato de nuestra fe estamos obligados a poner toda nuestra capacidad –repito toda nuestra capacidad, cualquiera que ella sea– y hacerlo plenamente para mejorar la vida del prójimo, es decir de quienes nos necesitan, se hallen donde se hallen, cerca o lejos.

A mi entender éste es un tema fundamental sobre el cual todos los hombres de buena voluntad deberíamos profundizar la reflexión y las búsquedas. En el caso de los católicos necesitamos precisar cada vez más claramente nuestro compromiso considerando la cabal noción del prójimo como algo íntimo y propio de nuestra fe.

La religión no está hecha sólo de liturgia y ritos, que deben respetarse y cumplirse. La asistencia al culto puede caracterizar a un católico. Sin embargo, aquello que lo identifica, y en este sentido la palabra de Cristo es categórica, es el amor al otro. El Dios hecho hombre dijo: en el amor al prójimo conocerán que son mis discípulos. Daremos testimonio de nuestra fe cuando ese amor se integre realmente a nuestra vida, no sólo cuando asome de manera casi fantasmal, como una aparición periférica. Tiene que ser parte de nuestra entraña, de nuestro propio corazón.

Me parecen terribles y aterradoras las palabras que Jean Paul Sartre hace decir a un personaje: "el infierno son los otros". El autor de *El ser y la nada* es uno de los hombres más inteligentes del siglo XX, al margen de que se puedan discutir sus opciones y sus ideas. Incluso esta frase que me produce tanto desconsuelo tiene algunos

Downloaded by Paul (pablomv15@gmail.com)

elementos con los que cualquier experiencia humana podría coincidir.

Una de las versiones infernales que anota Sartre en *A puertas cerradas,* es la condena de verse eternamente reflejado en el espejo del otro que repite mi imagen. Cuando constato a ese otro reflejándome, repitiéndome, advierto que mi soledad nunca estará vencida, anulada. Muy por el contrario se verá infinitamente reiterada en un juego de espejos, multiplicada en y por los demás, por los otros, si los aceptamos tal como los propone Sartre.

Esta es una reflexión que se sitúa en los antípodas de la concepción cristiana. Para un católico el otro me perfecciona y me permite ser plenamente yo, sólo el otro puede darme la posibilidad de afirmar mi propia identidad.

Desde su nacimiento el ser humano está hecho para relacionarse, su naturaleza lo lleva a buscar la compañía y a vivir en sociedad.

–¿Y aquello de que "el hombre es esclavo del hombre?"

–Se trata de una desconsoladora afirmación que, aun cuando la historia no contribuye a desmentir, resulta inaceptable para un cristiano. Siempre, desde el origen mismo de la humanidad, está presente el dato que para llegar a una identidad plena las personas están llamadas a la fraternidad. Tarea que no es fácil; el hecho de que un trabajo resulte arduo no cambia el que sea igualmente indispensable.

Aludir al menos al tema de la projimidad –sin intentar un análisis más completo y necesario, pero también sin la desmesurada pretensión de agotarlo– es indispensable para empezar a considerar el ser moral. Y, desde mi punto de vista, nadie puede considerarse plenamente cristiano si no intenta develar quién es el prójimo. No basta saber cómo se obra con el prójimo, es necesario saber a quién consideraremos tal. Y esta búsqueda debemos intentarla con un perseverante esfuerzo de libertad.

Sigo tratando de encontrar una cabal definición de ese imprescindible prójimo cuya existencia y reconocimiento da sentido a mi propia vida.

Nos vamos acercando a uno de los valores que debemos consolidar y defender cuando intentamos definir el ser moral, es decir que inevitablemente debemos abordar el tema de la solidaridad, aun cuando yo sea renuente a usar palabras que "están de moda". Quizá tenga que ver con este uso masivo el hecho de que *Solidarnosk,* el sindicato en Polonia, hiciera trascender universalmente el contenido político del término; así se puede llegar a un enfoque hasta cierto punto limitativo de una palabra que es inevitable cuando se tratan temas éticos.

Solidaridad no es sólo *Solidarnosk.* Tiene distintos orígenes y vertientes. También puede anotarse que es usado y reivindicado por diversas concepciones, incluso aquellas que pueden ser antagónicas. Los cristianos, a partir de su fe, no pueden omitir la solidaridad, están ligados a ella por amor. Pero también en algunos movimientos marxistas la solidaridad es una de las claves que entreteje su historia. Considerando sin el debido encuadre estos datos podría inferirse que la solidaridad resultaría ser un punto de coincidencias. Por el contrario, mucho me temo que llegue a constituir una mera variante retórica, hueca, vacía, incluso despojada de sentido.

La solidaridad no crece en la misma medida en que es repetida y proclamada. Yo prefiero mencionarla como una actitud humana, una actitud del hombre, de su cuerpo y su alma. Obramos solidariamente cuando nos importa el otro, cuando no permitimos que nos atrape el egoísmo, y repito que considero esta posibilidad como algo siempre trágico. Recordábamos el mandato: "amar al prójimo como a sí mismo". Quiero destacar la importancia de amarse a sí mismo. El egoísmo es una caricatura del propio amor. El hombre se ama bien a sí mismo cuan-

Downloaded by Paul (pablomv15@gmail.com)

do no antepone sus intereses por encima y contra los demás, como ocurre tan a menudo.

–A partir del amor al prójimo para recorrer el camino hacia la solidaridad, ¿hablamos del amor humano?, ¿cómo?

–Referirse al amor humano es un buen punto de partida, probablemente nos encamina del mejor modo. Cuando el amor se concede, se da a otra persona, comienza a ser fuente de dos felicidades; la de quien lo recibe, y la propia, la de quien lo entrega. Porque paradójicamente, aun cuando parezca por momentos lo contrario, quien busca la felicidad nada más que para sí, de manera excluyente, termina siendo muy desdichado: vive en soledad.

Podemos ser tan racionales cuanto queramos, pero no debemos olvidar un hecho trascendente: el hombre está signado por los afectos y ellos influyen en él tanto como la razón, y aún más. Entiendo esta afirmación como una mera descripción de lo que tengo ante los ojos.

La familia es el primer ámbito de ese aprendizaje del amor. Marca nuestra vida, marca mucho, así lo haga para bien o para mal. A veces algunos psiquiatras y psicoanalistas se empeñan en acarrear todos los males y atribuir la causa de todos los padecimientos de las personas a lo que hicieron o dejaron de hacer los padres. Es una actitud bastante repetitiva y con frecuencia injusta.

Casi no hay – probablemente debo decir "no hay", sin casi que valga– familias perfectas, y además debo agregar que nuestra formación no es impecable. Cada tiempo tiene sus limitaciones, usos, costumbres, idolatrías, tabúes que pueden cambiar en el curso de una vida, entrecruzarse, emitir señales, indicar caminos con frecuencia arduos y también con frecuencia equivocados.

–Aun reconociendo todos estos datos, cuando se desdibuja la familia como ámbito de aprendizaje del amor se abre un peligroso abismo. Esto puede ocurrir por diver-

sas razones. Una de ellas es el factor económico. Resulta innecesario decir que no soy marxista por convicción y por vocación, pero para mí el elemento económico tiene una gravitación fundamental en la vida de las personas. Creo que no sólo condiciona a los individuos sino también a las sociedades que ellos construyen.

La existencia de serios problemas económicos hace muy difícil la armónica vida familiar. En gran medida dificulta ese "aprendizaje del amor" que tiene en ella su punto de partida.

La vida familiar que conocí en mi casa, donde no faltaba lo esencial ni había mucho superfluo, es parte de una experiencia muy distinta de la que viven los niños y los jóvenes de hoy. Estas diferencias son de diversa índole, algunas de ellas tienen que ver con la plaga del consumismo del que ya algo hablamos, otras con una creciente y masiva avalancha de propuestas de lo que definí como contravalores. En mi familia eran posibles ciertos encuentros, era fácil compartir una no siempre idílica intimidad y creo que en buena medida esto era así porque mi madre "estaba en casa". Ernesto Sabato, quien con su mujer Matilde han construido una familia con hijos y nietos, reconoce que fue posible lograrlo porque su esposa ha sido "la mujer fuerte de la Biblia", el tronco y el bastión, la que defiende y la que construye.

–¿Nos está diciendo que el trabajo de las mujeres fuera del hogar debilita la institución familiar?

–¿Cómo se le ocurre que podría decir algo semejante? Por favor no lleguemos a generalizaciones que nos alejen de los temas centrales. Hasta hace relativamente poco el trabajo de las mujeres –la mayor parte de las veces tremendo y esclavizante– sólo transcurría, como el de mi madre, entre las cuatro paredes del hogar. Hoy en día miles y miles de mujeres trabajan fuera de la casa para asegurar el sustento familiar. Yo soy Obispo de una diócesis

Downloaded by Paul (pablomv15@gmail.com)

donde la miseria tiene domicilio legal. Decenas de miles de personas de los barrios más modestos y de las zonas marginales tienen que proteger a los suyos como pueden. Y parece que son cada vez más las mujeres "jefes de familia", es decir, las encargadas de obtener el sustento para todos.

Siento el más profundo respeto y también una compasión inextinguible por quienes desde antes de amanecer se cuelgan en trenes atestados o esperan en descampados la llegada de colectivos. Y la mayor parte de esos miles de mujeres trabajan en el servicio doméstico, es decir, que cumplen en otras casas las mismas labores que seguirán realizando en la propia.

La enorme mayoría de las mujeres que trabajan "fuera" lo hacen impulsadas por las penurias económicas que conocemos. Algunas incluso llegan a tener dos trabajos además de seguir a cargo del complejo engranaje doméstico. Resulta claro que en estas condiciones el tiempo que pueden dedicar a los hijos es poco, y me temo que también es poco valioso. Con gran coraje afrontan en tan difíciles condiciones la construcción de la familia tal como la propongo, como lugar de aprendizaje y entrega del amor.

Pero es inhumano pedirle a una persona que después de diez horas de trabajo asalariado, generalmente mal pago, además de una cantidad de tiempo perdido en medios de transporte destartalados, atravesando calles poceadas, embarradas, llegue a su casa en la plenitud de sus fuerzas, con el máximo de disponibilidad para atender los problemas que le planteen sus hijos a la llegada del colegio. Agregue que en muchos casos la alfabetización de la madre es precaria y no está en condiciones de dar respuesta a las exigencias escolares de este tiempo. Puedo imaginar la humillación y el sufrimiento que esto signifca.

Permítame agregar, antes de que intente plantearlo, que también respeto y admiro el ejercicio de la libertad

de aquellas personas que, pudiendo elegir el ocio o los gestos más frívolos, se esfuerzan y se realizan a través del trabajo, así sean hombres o mujeres. Pero en este caso hablamos de una minoría. Muchas de las personas de mi relación (¿usted entre ellas?) pertenecen a este sector y se consideran o debieran considerarse en cierta medida privilegiadas. Aunque admito que resulte fatigoso el ejercicio de lo que algunas mujeres llaman "la doble jornada", con toda razón.

–Cuando hablo de la familia y recuerdo la manera en que estaba organizada la mía, sé que hablo de otro tiempo, casi diría de otro mundo. Pero la defensa de ese primer ámbito de aprendizaje del amor es algo que seguiré haciendo aun cuando las experiencias de vida y las formas de integración cambien.

Aunque se pueda opinar lo contrario entiendo que no vale la pena discutir cosas de menor entidad como los roles; éstos suelen modificarse, son parte del devenir, de la cultura, de la historia cotidiana. Lo perdurable, lo permanente es el espacio del amor, el resto es anécdota.

Siendo conscientes de los cambios – y aun admitiendo que la imagen, para algunos un poco edulcorada, de la "familia tipo" podría estar en crisis– me complace, y me complace mucho, saber que en encuestas recientes realizadas por institutos de reconocida seriedad, las respuestas de los jóvenes indican una fuerte valoración de la familia, refiriéndose al grupo familiar al que pertenecen, no al que eventualmente imaginan podrían llegar a constituir.

Entre nosotros los porcentajes de valoración familiar son mucho más altos que en Italia, por ejemplo, para aludir a un país donde la familia tiene un gran peso (no me dejaré tentar por ejemplos cinematográficos que ilustren el argumento ni siquiera por aquella obra admirable de Ettore Scola, tan irremisiblemente laica, protagonizada por Vittorio Gasman). En España la valoración de los jó-

Downloaded by Paul (pablomv15@gmail.com)

venes acerca de la familia acusa una tendencia en baja y se nota una severa desintegración en este aspecto. Lo mismo ocurre en ese país con otros valores de similar importancia desde el punto de vista del ser moral; por cierto que no me refiero a añejas mojigaterías. Al mencionar contravalores pienso en negociados, fraudes, dolo, falta de solidaridad, desempleo, etcétera.

Por eso, si en situaciones locales como las que acabo de describir más del 80 por ciento de los jóvenes encuestados consideran que, a pesar de los pesares, la familia es, en su vida y para ellos, algo importante, esto me alienta y me da paz.

Salvando de alguna manera la familia como valor vigente aun en tiempos de trasformaciones y cambios, podríamos pasar a considerar otros valores que también parecen estar en crisis.

Para ilustrarnos al respecto creo que basta leer un diario en cualquier país del mundo. La Argentina no tiene el monopolio del escándalo y la corrupción, aunque a veces así parece por la persistencia e impunidad con que ciertos episodios lamentables suelen ocurrir entre nosotros.

Esta frecuencia de los temas escandalosos revela por una parte que el escándalo existe, es decir, que los contravalores forman o deforman de alguna manera nuestras vidas. Pero su reiteración acarrea un problema que todo lo agrava: la repetición de estos hechos puede producir acostumbramiento. Los argentinos hemos llegado a habituarnos a cosas impensables cuyo conocimiento público nos llenó de horror y vergüenza, no debemos borrar de nuestra memoria ni limitar nuestra responsabilidad sobre aquel fatídico "por algo será" que todos conocimos.

Si hay algo difícil, para algunos insoportable, es el dolor. Con notable frecuencia el organismo encuentra modos de habituarse y tolerar el dolor físico. Es más grave, pero también más factible, generar un acostumbramiento y hasta una adicción a cierto tipo de situaciones, estímulos o ejemplos que tienden a adormecer la sensibilidad.

La condición humana, con todo lo que esto significa, empieza a serme sumamente clara desde mi propia realidad, desde mi propia experiencia. Para hablar de las limitaciones, de la pobreza de medios del hombre, me basta verme. No necesito recurrir a ningún ejemplo fuera de mí mismo.

No he vivido situaciones límite, creo que en alguna medida esto puede deberse a que estoy al mismo tiempo tan obligado como resguardado por mi fe. No he sido secuestrado o torturado ni estuve desaparecido, lo que me impide saber, desde mi experiencia personal, la realidad de esos extremos existenciales.

Conozco algunos sobrevivientes que han padecido estas desdichas, los escuché con atención cada vez que quisieron trasmitirme sus vivencias, pero por más que uno intente aproximarse a ellas y lo haga con la mejor disponibilidad y, otra vez, con toda su compasión –compasión no es lástima o algún sinónimo, quiere decir padecer con– quedará siempre fuera; sólo se acercará, tanto como su fortaleza se lo permita, por vía de la imaginación o usando mecanismos intelectuales, nunca será lo mismo que la experiencia en el sentido más estricto del término.

Soy pues, parte de esta humanidad y de ello me hago cargo, del haber vivido en un país donde los derechos primarios del hombre han sido conculcados por décadas y sabiendo que personalmente no he sido privado de esos derechos sino en cuanto ciudadano de una república. Sé que integro mi condición humana sin haber sido llamado a responder por ella frente a situaciones límite.

No dudo en incluir la libertad entre los valores cuando se trata del ser moral. Debe estar muy viva en nosotros la profunda convicción y defensa de los derechos de la persona humana y sobre todo de la libertad, sin el ejercicio de la cual todos los derechos se opacan o desaparecen.

Volveremos sobre el tema cuando adelante nuestro re-

Downloaded by Paul (pablomv15@gmail.com)

corrido, pero quiero anticipar que hemos sido dotados por el Creador del don maravilloso de ser libres, al tiempo que fuimos solicitados, convocados al ejercicio pleno y responsable de esa libertad.

En tanto transeúntes de esta vida, seguimos nuestros caminos haciendo historia. Cuando yo arriesgo algunas certezas, son las que alumbran mi profunda fe; pero lo hago convencido que desde otras perspectivas hay valores que la humanidad se enriquece compartiendo. De eso se trata.

Así propongo este ser moral del que venimos hablando, anteponiendo mi condición de siervo del Señor, pero tratando de extender la aceptación de valores trascendentes que no dependen de la historia o la geografía, la cultura o el momento. Ya nos referimos al amor al otro –en tanto que otro y especialmente por el hecho de serlo–: la solidaridad fue una lógica consecuencia. En general la honestidad no se discute, puede ocurrir que tampoco se practique pero no hay quien justifique su deshonestidad como tal, por lo común la encubre y disimula, en todo caso finge que respeta ese valor. También recorreremos otros caminos para ir perfilando el ser moral.

No puedo hablar del ser moral sin hablar paradójicamente del pecado. El paganismo y el hombre natural nada saben del pecado, decía Kierkegaard. El pecado, a partir del primero original y originante, es la libertad del hombre enfrentando el plan del amor de Dios. Allí comienza no sólo la división entre los hombres (Caín y Abel) sino la división dentro del hombre mismo. San Pablo lo expresaba con meridiana claridad: "veo lo bueno, lo apruebo y hago lo malo". El pecado grave de cualquier especie es siempre una ofensa al amor de Dios.

Lo contrario del pecado es la virtud. Una sociedad que no cree en la capacidad del hombre para la virtud no sólo exteriormente lograda sino con origen en el corazón, en el sentido bíblico del término, es decir, en nuestro radical

y más hondo núcleo vital, no puede llegar más que a una moralidad aparente, en gran parte frustrante de las verdaderas aspiraciones morales del hombre; ya sea la llamada moral "victoriana", plena de hipocresías y fariseísmos, ya sea, por reacción, la moral "permisiva" actual donde no se cree en ninguna ley objetiva, mucho menos con raíces en la misma naturaleza del hombre y de las cosas.

Es imprescindible enseñar al hombre el verdadero sentido de la culpa. El falso sentimiento de culpa surge cuando el hombre se encierra en sí mismo y su culpa se convierte en obsesión paralizante. El verdadero sentido de culpa no origina angustias neuróticas. El hombre sabe que ha faltado contra Dios y la culpabilidad encuentra su virtud, que es la penitencia, la conversión y, por fin, el perdón liberador. Santo Tomás, con sencilla pero aguda percepción, hablando sobre el sacramento de la penitencia, dice que la contrición se acompaña de tristeza –hoy diríamos de un sentimiento depresivo– porque el penitente se siente triste de contemplar su falta contra Dios. Pero la penitencia no se aúna con la tristeza ya que se realiza con la esperanza del perdón, y siempre supone una honda paz y alegría.

–Por su ministerio usted puede juzgar, tiene facultad de condena o perdón. Es un duro ejercicio y una tremenda responsabilidad. ¿Le pesa?

–El sacramento de la penitencia, a pesar de ser un juicio y en verdad lo es, sirve para absolver pero nunca condena. Debo agregar que ni los sacerdotes ni los jueces pueden, a mi entender y si se parte de la justicia, perdonar a alguien que no está arrepentido. En el sacramento la condición principal para la absolución es el arrepentimiento. Se puede agregar propósito de enmienda, pero íntimamente ligado al arrepentimiento.

He preguntado muchas veces: ¿Usted se arrepiente?, muy pocas veces encontré personas que aceptaran su cul-

Downloaded by Paul (pablomv15@gmail.com)

pa sin arrepentirse y también muchísimas veces tuve que dar inacabables rodeos para explicar la necesidad de distinguir lo que es realmente ofensa a Dios, es decir, pecado, de la imperfección humana inevitable.

Lo que llamo realidad humana puede no ser aborrecible precisamente en lo que tiene de humana, en lo que implica de amor, en la posibilidad de dar placer. Algunas veces me costó bastante trabajo, aunque creo haberlo conseguido casi siempre, entender cuál es el pecado por el que me solicitan perdón, en definitiva hacer comprender al pecador de qué debe arrepentirse. Yo como sacerdote debo conocer la ofensa a Dios, y ésta no siempre resulta clara para quien cree haberla cometido. Si no hay claridad sobre el pecado, no hay arrepentimiento.

Dios no cambia, esto es importante: Dios no se muda. Es el hombre el que cambia con el pecado y por lo tanto cuando decimos Dios perdona, en verdad es el hombre el que regresa después de haberse alejado. Este retorno siempre depende del ejercicio de su libertad, lo mismo que el alejamiento. Cuando alguien se aleja de Dios por la comisión de un pecado todo lo que puede hacer el padre, dotando a esta palabra de un sentido plenísimo, es esperar que el hijo retorne y recibirlo. Insisto: el hijo que se alejó libremente, también debe regresar libremente. El padre siempre está en espera atenta y amorosa, es decir se puede contar con un total y absoluto perdón de antemano. No habrá condena... sólo constatación del retorno y júbilo por el reencuentro. Ocurre con frecuencia que se mezclen los ámbitos y así las personas tienden a aceptar, (¿porque es más confortable?) el ámbito de la justicia humana y sus leyes que se modifican, que van y vienen. Con el pecado no es así. Dios es, ante todo, misericordia.

Aun el hombre más seguro y especialmente aquel que no cree demasiado en la trascendencia sabe lo mucho que necesita ser perdonado. Una de las condiciones humanas para mí más clara es la necesidad de perdón.

Me parece admirable y reconfortante que podamos disponer de un instrumento que nos permita llegar a la misericordia, en nuestra humana medida. Y de esta posibilidad nos dota el sacramento de la penitencia.

A veces somos implacables en nuestros juicios. Quiero hacer una acotación personal: una de las cosas que más dificultan mi vida de relación es la dureza, tan generalizada, de los hombres para con los hombres. Me impresiona, con mucha más frecuencia de la que quisiera, escuchar la ferocidad con que se emiten ciertas sanciones.

La vida me va mostrando, una y otra vez, que no es fácil juzgar con razonable equilibrio cuando se es muy severo. Por eso yo tengo una gran misericordia por los jueces, que traicionarían su cometido y no cumplirían con su deber si no sancionaran y, por ende, llegado el caso, castigaran. Esta tarea me parece muy dura y difícil: su función es nada más y nada menos que la aplicación de la ley. Ellos no legislan, no inventan la ley, les es dada, la reciben y la aplican tal como está.

Aunque por mi condición de obispo pueda eventualmente tener algo de juez, he tratado que esta condición sea invadida y muy equilibrada por mi vocación de predicador de la palabra de Dios, instigador de la misericordia con que los hombres deben tratar a los hombres.

—¿Misericordia hasta la amnistía?

—Siempre misericordia, también siempre arrepentimiento. El regreso a Dios es algo que se logra desde el corazón, allí nace y se extingue el pecado. La amnistía, por tratarse de una figura jurídica, no es mi tema, soy sacerdote y no juez.

Si nos refiriéramos a la amnistía a los militares juzgados y condenados quisiera distinguir dos campos: hay un campo objetivo, donde evidentemente se cometieron crímenes de lesa humanidad; y hay un campo más negado a nuestra posibilidad de conocimiento, a nuestro juicio y a

Downloaded by Paul (pablomv15@gmail.com)

nuestra posibilidad de intervención que es el campo subjetivo, es decir, la propia conciencia. Yo estoy convencido que se debió, por el bien de las mismas personas intervinientes, pedir perdón público porque los pecados eran públicos y no privados. Hay pecados que sólo conoce el pecador y pecados que conoce todo el mundo.

Desgraciadamente algo mesiánico –digo esta palabra en su acepción más negativa o si se quiere irónica–, algo mesiánico de las personas que intervinieron hizo que nunca escucháramos una sola palabra de arrepentimiento por parte de quienes fueron autores de aquellos crímenes, ni de un lado ni de otro. Creo que la sociedad todavía espera un auténtico gesto de arrepentimiento y, en lo que cabe que es bien poco, también de reparación.

–Se refirió a la paz como un valor esencial del ser moral. ¿La guerra se ubica entonces en su definición de contravalores?

–Pienso que la conciencia del valor de la paz no siempre es parte de la sensibilidad del hombre, que con frecuencia se inclina hacia la paz, pero las más de las veces llega a la violencia, como se llega a una patología.

Muchas veces hemos sido educados para la guerra. Creo que si no nos decidimos por una plena y constante educación para la paz no lograremos personas verdaderamente convencidas de este valor supremo. Esta tarea de prepararnos para vivir en paz no es tan sencilla y no se trata sólo de una asignatura escolar pendiente.

Como casi todo, comienza en la familia y en ella hay que desterrar el ejercicio y hasta la tentación de la violencia que es parte de nuestro ser humano, un componente que todos tenemos y podemos llegar a manifestar de una u otra manera, con mayor o menor intensidad y frecuencia. Es imprescindible aceptar que el camino de la violencia, aun cuando se invoque para servir una causa noble, sirve sólo para agravar los males a los que trata de poner remedio.

La guerra es muerte y toda vida es importante. No hay manera de establecer un límite que marque cuáles son las vidas que deben ser respetadas y cuáles las que pueden ser inmoladas.

Con sólo plantear esta hipótesis iniciamos el camino de la violencia, esta hipótesis indica que ya tenemos una actitud beligerante y guerrera.

Personalmente estoy contra la pena de muerte, creo que cada vez son más las personas de la Iglesia que piensan así, y esto no sólo porque está probado que es ineficaz como sanción ejemplarizadora. La guerra es la pena de muerte socializada, generalizada y puesta en marcha con toda eficacia.

Desde que nací, hace más de sesenta años creo que hemos avanzado en la valoración de la paz. Como hijo de españoles asistí durante mi infancia a la influencia en la familia de una lucha fratricida: la guerra civil española. Porque ese pueblo de gente vehemente y apasionada libraba aquí también sus propias batallas. Mi padre fue franquista y su hermano, un tío muy querido, era republicano. En mi propia casa vi entonces lo difícil que resulta, aun en las familias muy unidas, mantener intactos los vínculos en medio de conflictos bélicos que enfrentan a sus integrantes. En la guerra está el germen de la destrucción, mis ojos vieron cómo se deterioraban relaciones humanas muy profundas, y también cómo se hacia imposible cualquier diálogo.

No es el caso de decidir hoy si tenían razón quienes creían salvar la España histórica e imperial o quienes querían construir una república entre canciones que aún nos conmueven.

Tenía quince años cuando terminó la Segunda Guerra Mundial y ya había hecho mi opción por los aliados y la democracia. Entonces creíamos que ésa era la última guerra y el triunfo contra el eje aseguraba la paz para siempre. Ya sabemos lo que ocurrió después en cada oportu-

Downloaded by Paul (pablomv15@gmail.com)

nidad que los Estados Unidos intervinieron para evitar que se extendiera el comunismo: Corea primero, luego Vietnam. Por su parte la Unión Soviética invadía y sojuzgaba otras naciones con gran despliegue de violencia.

En el campo concreto de la paz es notable la evolución que ha tenido la doctrina de la Iglesia. Este tema es presentado por todos los Pontífices, desde Juan XXIII, con gran claridad, pero en realidad el punto de partida de esta revaloración podría buscarse en la famosa frase de Pío XII: "Con la paz todo se gana, con la guerra todo se pierde". Esto significa, en el orden de lo humano, un logro realmente importante porque no hay duda alguna del valor supremo de la paz, así como el de la vida humana. Y como tales los defiende la Iglesia. La guerra es la destrucción de vidas humanas en notable escala, además de ser uno de los más claros ejemplos de irracionalidad.

Vivimos en un mundo que ha pasado por una vertiginosa carrera armamentista, usando la tecnología más sofisticada para planificar la destrucción, en lugar de emplearla para que el mundo fuera más equitativo y solidario. Bien sabemos que si lo que se gastaba en el esfuerzo atómico para la guerra en un solo día se hubiese utilizado para la paz, probablemente eso hubiera bastado para saciar el hambre de los pobres de un continente.

Habiendo llegado al límite en el que la guerra era la posibilidad de la destrucción total, recién empezamos a descubrir los valores de la paz. Creo que aun sin darse esta circunstancia la paz, por sí misma, es un valor al cual el hombre debe tender, pues deja de ser plenamente tal cuando recurre a la solución bélica. Es difícil comprender hoy que la defensa propia, por todos admitida, no tenga otros caminos que los de la violencia.

Desde que existe la Comisión de Justicia y Paz se han ido perfeccionando los lemas año tras año. En otro momento hubiera sido impensable una propuesta como "la negociación y el diálogo, nuevo nombre de la paz". Podría incluso haber sonado a componenda y tal vez se hubiera resaltado la importancia y la preeminencia del valor de la soberanía o de la dignidad nacional, por ejemplo. Creemos en estos valores pero, por cierto, no hasta el punto de iniciar una horrible guerra. Los argentinos tenemos bien frescas en la memoria dos guerras recientes y sus funestas consecuencias. La guerra sucia y la de las Malvinas son heridas que aún no terminan de cicatrizar.

Se puede hablar de violencias legítimas, entendiendo que esto pudo haber sido la Segunda Guerra Mundial. Creo que era inevitable luchar contra el nazismo, pero todos los conflictos sólo sirven para demostrar hasta qué punto el camino para un mundo fraterno se recorre en paz.

Hoy veo como grandes visionarios a los verdaderos pacifistas, pese a que en algún momento pudimos creer que recurrían a la promoción de la no violencia para imponernos una concepción social y política. Para dar un ejemplo citaré una mujer que no tiene nada en común conmigo, nada más que esta compartida pasión por la paz, Rosa de Luxemburgo. Yo creo que lo que la lleva a su fin, lo que provocó su muerte en esa lucha suya tan complicada fue, precisamente, su adhesión incondicionada al tema de la paz.

No podría afirmar sin temor a ser controvertido cuándo empieza en nuestro tiempo el fenómeno del terrorismo generalizado. Podría ser en la guerra contra Gran Bretaña en Palestina o en el combate de los argelinos contra la dominación francesa. Se ubique donde se ubique creo que el terrorismo invalida los mejores objetivos. Nosotros lo conocimos en su doble carácter de subversión y represión. Sabemos hasta qué punto el hombre y su dignidad pueden quedar totalmente avasallados y destruidos –no digo ya mutilados– cuando lo único que importa es una violencia eficaz a cualquier precio y con cualquier arma.

Downloaded by Paul (pablomv15@gmail.com)

–¿Existirían Israel y Argelia si no hubieran usado los métodos que usaron?

–Sigo creyendo que debe haber otros caminos para las causas más justas y que no puede ser la destrucción del hombre por el hombre el único modo de alcanzar la libertad, la independencia y la igualdad.

Los palestinos se han convertido en un pueblo sin patria, en verdaderas víctimas. Quienes admiramos al Estado de Israel, los que hemos tenido la suerte de estar más de una vez en ese país, sabemos desde hace tiempo que no habrá paz en Medio Oriente hasta que las partes no logren una salida negociando. Sin duda cuando se instalen para hacerlo habrá que considerar muchos elementos.

¿Quién puede dudar hoy que Israel es una nación y que esto es irreversible? ¿Quién puede dudar hoy de que los palestinos también tienen derecho a una patria en aquel lugar que fue de ellos? Hay que tener en cuenta todos los derechos y buscar una solución distinta a todas las acciones violentas que han ensangrentado la región. No sólo se trata de un conflicto entre ejércitos. La población civil hace muchísimos años que no vive en paz. Hay demasiada gente que nunca vivió en paz.

La Iglesia sostiene que la violencia es legítima si se dan cuatro condiciones: una larga dictadura, que se hayan violado gravemente los derechos humanos, que se hayan agotado todos los medios pacíficos y que haya serias posibilidades de éxito. Si no se puede triunfar el combate es suicida.

Probablemente por caminos no violentos se tarde más tiempo en llegar a las metas, pero lo mismo se podrán lograr porque el hombre está hecho para la libertad, no para la servidumbre, no para padecer tiranía.

Creo en el valor de los testimonios de vida de las personas cuyas acciones nos impresionan y nos marcan. En los tiempos presentes figuras históricas como el Mahatma Gandhi y Luther King son ejemplares. Ambos mueren

por su prédica de la paz, ambos son poderosísimos más allá de su muerte. Todavía vive el Dalai Lama lejos de su patria donde por historia y por religión debiera ser jefe. Ha soportado con estoicismo todo lo que le pasa, nadie puede dudar que hay algo de la actitud de Gandhi en él. Creo que esto nos muestra mucho, a pesar de lo que puede anotarse a propósito de una religión fundamentalista como el budismo. La no violencia es rescatable aun en concepciones en las que la libertad no tiene gran presencia. Este hombre nos prueba con su acción, no sólo con su prédica, el valor notable de la negociación pacífica y se advierte su convicción de que logrará la libertad religiosa en su tierra donde una larga dictadura marxista impide todo atisbo de religión que no esté al servicio de los intereses del gobierno.

Los católicos conocimos situaciones similares. El comunismo intentó crear iglesias nacionales en varios países sin lograr mayor éxito pero especulando con las humanas debilidades.

Creo que hay que proponer los casos ejemplares como modelos en la educación, para que no se los olvide. Quienes fuimos sus contemporáneos los reconocemos y recordamos como figuras muy presentes, pero se pueden ir desdibujando y llegar a ese breve tramo que separa el arquetipo del estereotipo, corriendo el riesgo de que ellos se conviertan en imágenes congeladas, cristalizadas. No lo son, son personas de carne y hueso, con sus debilidades y sus pecados, como todos. Sin embargo, mostraron con su vida, y en el caso de los dos primeros incluso con su muerte, el valor notable de la paz.

Otro tema de la educación son las razones filosóficas de muy fácil comprensión porque son sencillas como todas las cosas verdaderamente profundas, como todos los principios realmente nobles: el valor de la vida, al que ya aludí, el hecho de que el hombre no tiene como destino repetir el episodio de Caín y Abel sino que está llamado,

Downloaded by Paul (pablomv15@gmail.com)

insisto, a integrar una sociedad fraternal y justa. Y, por lo tanto, para lograr todo esto no puede usar medios que empiezan por ser injustos con el propio hermano.

Entre los grandes enemigos de la paz están los nacionalismos exacerbados, y esto puedo decirlo tal como lo dijo Juan Pablo II al señalar sus peligros. El nacionalismo tiene poco que ver con la noción de patria, un valor que nadie discute y está más claro cuanto menos se lo menciona. La patria nunca es discriminatoria ni crece a costa de otros, por eso creo que el nacionalismo es todo lo contrario al auténtico sentido de patria –temo que me resulta difícil definirlo simplemente patriotismo por el temor de no ser bien interpretado–, es el ghetto de la exaltación excluyente de los propios valores y no sólo sobre otros sino contra otros.

Creo que debemos trabajar mucho en estos temas, hemos sido víctimas de fuertes nacionalismos que si bien no tuvieron gran cantidad de adherentes fueron culturalmente de gran influencia. Hay que revertir esto, descubrir el valor de la patria, que sigue siendo fundamental y natural en el hombre. No hay que subrayarlo tanto. Se tiende naturalmente a proteger y defender la propia historia, la cultura, las raíces y el futuro. La patria es todo esto pero también mucho más. Lo que hace el nacionalismo es poner cercos y terminar ahogando lo que ha de ser universal. La patria cuando puede considerarse verdaderamente tal está siempre abierta a los otros, siempre dispuesta a recoger lo que los otros tengan de bueno y también a dar cuanto haya en ella de noble.

EL MISTERIO

Downloaded by Paul (pablomv15@gmail.com)

–Nos acercamos a Dios y la religión como al misterio. ¿Por qué al misterio y no a la evidencia?

–Hablar de religión y no hablar de misterio es absolutamente incomprensible y vano. No hay que confundir religión con ética. La religión importa la ética pero a partir de elementos que son de su propia naturaleza.

Todas las grandes religiones del mundo se nutren del misterio, y me refiero a todas ellas, aun cuando algunas lo proponen de manera irracional. Insisto en que me siento notablemente enraizado en el judaísmo, mi fe católica es parte de una herencia que no puede escindirse. La religión judeo cristiana se nutre de todo lo mistérico.

A veces intentamos hacer dioses a nuestra medida, a nuestro modo humano. En el campo de la sanación hay confusiones muy serias. Usamos un dios hecho por encargo para esto o para aquello. Por una parte Dios no es hechura humana y constantemente el hombre tiene que evitar los peligros de la idolatría, es decir, la adoración de un falso dios.

De manera generalmente muy superficial se habla de los nuevos dioses: el poder, el placer, el dinero... en fin, me refiero a lo que se intenta servir. No lleguemos a ese terreno tan por debajo de nuestras posibilidades y reco-

Downloaded by Paul (pablomv15@gmail.com)

nozcamos en principio que Dios es Dios, el Todo Otro.

Si alguien me preguntara qué hacer para encontrar a Dios yo le respondería que sólo tiene que estar disponible. Es Dios quien nos busca como un lebrel de caza y nos busca en nuestro propio corazón. Al hombre instalado en sus certezas, seguro, invadido de soberbia, a ese hombre que *sabe* es muy difícil que Dios y su gracia lo penetren.

Hace un tiempo me refería a estos temas en un programa de televisión que para mi sorpresa tuvo un alto índice de audiencia pese a la hora y el canal en que se trasmitía. Digamos al pasar que esto sirve para probar que no todo lo que interesa a la gente ha de ser necesariamente procaz o mediocre. Días después de mi intervención televisiva recibí la carta de una persona diciéndome que con mis palabras le había planteado interrogantes. Hasta escucharme su fe era totalmente tranquila. Tenía evidencia de la fe. Le respondí que si tenía evidencia lo que no tenía era fe.

Temo que nuestro mundo, quizá por la repetida presentación de dioses falsos (aunque usen el mismo nombre de Jesucristo) está como vacunado, inmune a la verdad siempre viva del Evangelio. Aquella maravillosa revolución espiritual –que cambió al mundo como lo cambió en los tiempos en que los cristianos eran fieles testigos de su fe– es diferente al mundo de hoy. Yo reitero lo que tan sabiamente dijo monseñor Jorge Casareto en un artículo publicado en *Clarín,* con palabras muy cuidadosamente elegidas, a las que adhiero: "Lejos del poder, cerca de los pobres". Cerca de los pobres en el sentido más acogedor del término. Ellos son muchos más de los que creemos y su pobreza es de índole diversa. Hay gente que hoy soporta carencias afectivas sin ninguna posibilidad de resolverlas, hay gente cada vez más sola, ciudades llenas de miles de personas en soledad. Para acercarnos a los pobres es importante despojarnos de todo poder temporal y

humano. Sé muy bien que esto no es ni ha sido nunca fácil y que en alguna medida suena a utópico pero, y vuelvo al artículo de monseñor Casareto, no podemos renunciar a este ideal sin traicionar la clave del Evangelio.

–Entonces partimos del misterio...

–Creemos lo que no vemos, lo que es oscuro, y ésa es la maravilla de la libertad de nuestra fe. Nos permite tener una gran certeza, pero no en el sentido científico de la certeza.

Sin libertad no hay fe. El catolicismo –que ha incorporado demasiadas influencias aristotélicas a mi entender– no desprecia, y los grandes teólogos como San Agustín –con su correspondiente carga platónica– incluso ponderan el componente afectivo. Las cosas no son sólo inteligibles, hay que integrar, también, el campo de los sentimientos y de los valores.

La ciencia no es la única vía de acceso a la consideración de los problemas del hombre, aunque en nuestro tiempo hay una tendencia a intentarlo. En el catolicismo de principios de siglo se trató frecuentemente de explicar lo religioso a través de comprobaciones científicas. Algo que es imposible de lograr, gracias a Dios. Se trataba de establecer una especie de concubinato entre ciencia y fe.

Está claro que la ciencia tiene sus propias leyes, es autónoma, legítima y respetablemente autónoma. Es absurda la tentativa de combinar la revelación con los datos de la razón. Puedo poner un ejemplo de estas frustradas tentativas. En un libro que fue bastante famoso, *La Biblia tenía razón,* se utilizaban textos bíblicos para mostrar su coherencia con la ciencia de ese tiempo. Este no es por cierto el único ejemplo que podría darse.

En los planos científicos todo se debate, las verdades que se nos propusieron como certezas durante siglos se derrumban. Un sabio profesor de matemáticas decía que sólo podía enseñarles a sus alumnos la mejor manera de

Downloaded by Paul (pablomv15@gmail.com)

pensar y la obligación de cuestionarlo todo: desde el teorema de Pitágoras hasta la teoría de la relatividad. Su mayor ambición era alejar a los estudiantes de toda seguridad inmutable para que pudieran explorar, promover o admitir sin traumas el derrumbe de cualquier teoría, por aceptada que fuese, para incitarlos a buscar nuevos caminos de investigación y de comprensión.

La Biblia no se inscribe o justifica desde la ciencia, su historia es la historia de la salvación, no los episodios del conocimiento humano. La experiencia bíblica es acultural, no responde las preguntas del momento, no modifica sus respuestas con el paso del tiempo.

Cuando el hombre, de acuerdo con la experiencia científica de la época, concebía a la Tierra como centro del universo plasmaba lo que creía entonces en sus escritos. Dios no se compromete con juicios propios de la cultura en la que transcurre la vida del hombre de ciencia. Es muy importante tener bien en claro que ciencia y religión se mueven en órbitas diferentes, que deben no oponerse necesariamente ni pueden concordarse porque son distintas.

No tener en claro estos principios es tan grave como lo que intentó la más vetusta filosofía marxista: sostener que la religión es la alienación del hombre y que el mito intenta resolver problemas existenciales porque no se ha logrado todavía organizar una sociedad que los solucione. Esto es tan falso y grave como pretender que la ciencia confirme los dogmas religiosos.

–¿Fe y razón por vías paralelas, sin encontrarse, hacia metas distintas? ¿Siempre?

–Podemos tener razones para creer, esto yo no lo niego, no digo tampoco que la fe es irracional. Pero las razones para creer no son la fe. Siempre habrá un salto en el vacío. Me podrán explicar que algo es creíble, pero no me pueden impulsar a creer sin una moción interior. Lo

creíble señala aquello que, atento a mi razón, no se opone a ella. Pero la fe es otra cosa. Siempre la fe ha sido concebida como una obediencia, sin embargo, es intelectual; se entiende como obediencia algo que tiene que ver con la voluntad y la libertad. Lo que la Iglesia Católica sí afirma es que se puede llegar al conocimiento de Dios por la razón. No se puede, sin embargo, llegar por ese solo camino al Dios vivo.

Siendo la fe libre –y en esto radica el principio fundamental de la libertad religiosa, precisamente en la libertad de la fe– ésta no puede ser impuesta ni por el Estado –así se comprende la importancia de la libertad religiosa en el sentido social y político– ni tampoco por una persona a otra persona.

Para ser verdadera, la fe es la respuesta libre del hombre al don de Dios, a la propuesta de Dios cuando nos revela, en el sentido estricto de la palabra –es decir, quita el velo sobre realidades– aquello que nosotros no podríamos alcanzar sólo por la razón.

Si bien es verdad que mediante la razón podemos llegar al conocimiento de Dios, nunca se definirá la demostración sino la existencia de Dios. Por la razón llegamos a un motor inmóvil que moviliza, la causa incausada, al ser necesario etcétera., es decir a cualquier término tomista de las vías, pero no al Dios que se revela.

El acto de fe en cuanto tal supone una entrega que no se basa en la evidencia. En esto es clarísima la revelación al proponernos que la fe es de las cosas que no se ven, de las cosas que se esperan. De esta manera se destaca que nunca serán las razones las que nos acerquen a ella. Sin embargo, a veces intentamos convencer internándonos en el campo de lo racional y temporal. Uno puede convencer explicando un teorema matemático o un principio físico, abstracciones a cuya demostración puede llegarse. No se puede convencer sobre el mundo trascendente, precisamente porque trasciende nuestra realidad y nuestra histo-

Downloaded by Paul (pablomv15@gmail.com)

ria, inclusive nuestra ciencia, cuyos límites son cambiantes y estrechos. La fe es otra actitud del hombre. Y debo agregar lo que es más importante, la clave: la fe es una gracia, un regalo, un don. No es un ejercicio voluntarista.

–¿Es voluntad divina el que alguien tenga fe o carezca de ella?

–Dios quiere que todos los hombres se salven, éste es un principio absolutamente fundamental. Jesús, hijo de Dios, muere por todos, hay una clara voluntad divina que es salvífica y universal. Esa voluntad sería absolutamente eficaz si el hombre no fuera libre. La libertad humana puede impedir el plan de Dios. Hablamos de una verdad tan inquietante que ha llevado a algunas personas a preguntarse si no era mejor crear un hombre sin libertad. No estoy de acuerdo. Una de las semejanzas que el hombre tiene con Dios es, precisamente, la libertad.

El hombre es tan libre como racional, es por tanto capaz de comprender que las cosas finitas son queribles o no queribles. Y hablamos de la libertad de especificación: querer esto o aquello; y de la libertad de contradicción: querer o no querer.

Cuando el hombre decide elegir ya eligió. Quiero referirme a lo previo a la elección, todo aquello que puede llevar a configurar el juicio de indiferencia, etcétera. Cuando elegimos somos dueños del acto. Una de las definiciones de libertad que más ayudaron en mis búsquedas es la de Santo Tomás: el dominio del acto. Me parece más clara y más amplia que ponerla en los contrarios: elegir o no elegir.

Cuando elijo decido de acuerdo con mi voluntad, opto. Es decir, elijo lo que quiero. Es un acto realmente mío, del que soy señor. Se dan en nuestras vidas actos de los que no somos señores, ya sea por la precedente concupiscencia que quita y obnubila la libertad o por la fuerza de pasiones incontroladas. Distintas posibilidades que hacen menos libre un acto condicionan o impiden que yo me

enseñoree de él. La señoría del acto es la absoluta clave de la libertad.

Hay escuelas teológicas que sostienen el principio de la soberanía absoluta: Dios, y por tanto es natural el misterio de su esencia... yo me siento de acuerdo. Muchas veces, aun en la Escritura se habla de Dios de una manera antropomórfica por mucho que tratemos de evitarlo: Dios se arrepiente, Dios tiene ira. Son maneras de expresar desde lo humano algo que no sabemos cómo es, porque es inefable. Pero cuando se sitúa el misterio en la libertad del hombre eso me asusta, el hombre experimenta su libertad, no es posible decirle que su libertad es un misterio.

Que Dios es misterioso para nosotros es lo más racional. Dios es lo otro, lo absolutamente otro. Que el hombre sea un misterio ya no es tan racional. Yo creo que la libertad debe ser preservada siempre. Y esto, por cierto, no le quita soberanía a Dios, a su potencia, a su sabiduría y, por supuesto, a la eficacia de su gracia.

–¿Y qué es lo que está más allá?

–Hace poco, en el conocido programa de Mariano Grondona en televisión, estuvo como invitado un periodista, Victor Sueiro, quien sufrió un infarto y contó cómo había tenido una vivencia, "una experiencia del más allá" que le permitió escribir dos libros de éxito.

Este y otros relatos similares, convertidos algunos de ellos en best-sellers, ilustran sobre dos cosas: por una parte la inquietud de la gente por este tema, por otra parte la toma de un camino equivocado: el de creer que la experiencia o la ciencia pueda alguna vez objetivar aquello que escapa a los sentidos y que sólo puede ser alcanzado por la fe. Estamos hablando de la trascendencia y de la vida eterna.

Uno de los elementos del dogma católico respecto de este tema de la vida futura (permítame abrir un paréntе-

Downloaded by Paul (pablomv15@gmail.com)

sis para precisar que en realidad es una vida presente incoada por la gracia, no es enteramente futura) comienza aquí y ahora. Sólo la fe puede alcanzar la certidumbre y, como ya hemos dicho, la fe se nutre de lo inevidente, es esencialmente oscura. La oscuridad es parte de la fe.

El Dios vivo que nos relata la Biblia, este Dios que es amor y por cuyo amor existe la creación y por ende existe el hombre, como rey al cual toda la creación sirve, este Dios, cuando se nos revela, no nos dice cosas que podamos alcanzar por la ciencia y que por tanto sean objeto de evidencia científica.

Los hombres intentan certezas de este estilo, por eso es tan frecuente todo el tema de las apariciones, todo el tema de gente que ha vuelto de la muerte, propuestas, debates, experiencias y contradicciones de distinto valor y origen, pero todas ellas planteadas sin entender que la muerte es el fin de la historia temporal y es la entrada en la metahistoria, es decir en lo que está más allá de este tiempo. Sin entender tampoco que la desconocemos, porque no es sensible y estamos atados a los sentidos. Nunca podremos saber, en nuestra condición, cómo es, de qué se trata aquello que está más allá.

A veces, especialmente cuando la certeza de la muerte aparece en nuestra vida, cuando muere alguien que queremos mucho, estos sentimientos se nos imponen con gran fuerza y nos empeñamos en develar, aquí y ahora, qué es el más allá. Puede resultar muy arduo en esas circunstancias aceptar simplemente que el más allá es precisamente eso, más allá, lo que está fuera del ámbito sensorial. Sólo puede ser conocido, alcanzado y plenamente asumido por la fe oscura.

Desde que el mundo es mundo, generación tras generación, los hombres se han planteado preguntas acerca de la vida, del fin de la vida, de la muerte, de la enfermedad, de la injusticia, es decir sobre aquello que no podemos entender.

Estos enigmas obsesionan a muchas personas y traman la red que puede llegar a impedirles la comprensión de un Dios personal y misericordioso. Hay niños que mueren de hambre en todo el mundo: es y seguirá siendo un enigma, un interrogante para el hombre. Las respuestas vienen de la fe, resulta muy difícil llegar a ellas desde otros ámbitos de reflexión.

El mundo moderno, y especialmente el que se plasmó en lo que llamaremos "el socialismo real", tampoco encontró soluciones ante los hechos. Es verdad que la propaganda puede mucho, incluso lograr el adormecimiento de generaciones, no sólo de una persona y de su vida sino de generaciones enteras. Pero está tan dentro del corazón humano el apetito de la sobrevivencia, el querer perdurar, que aun el marxismo buscó aplacar esas ansias en formas diversas. Su propuesta era materialista, se trataba de perdurar en un mundo mejor, en un mundo nuevo, en futuras generaciones que conocieran sociedades más justas. Una de las mayores críticas a la utopía comunista ha sido la entrega de generaciones en pos de un bienestar para el futuro. Al margen de persecuciones y crímenes, en la vida cotidiana, ¿cuántos millones y millones de soviéticos vivieron de manera diría infrahumana para que sus descendientes conocieran una vida distinta? Yo creo que nosotros tenemos que salvar al hombre concreto e histórico. Hay que trabajar para el futuro, pero de ninguna manera borrando o mutilando el presente.

Finalmente tampoco estas tentativas apagan la sed del hombre de ser él, él en su yo más recóndito, quien permanezca. No se trata solamente de trascender en la prolongación de las obras, la prolongación de las buenas obras. Reclama una prolongación de su existencia personal.

Y acá nos referimos a uno de los grandes temas que estupendamente describe Pablo Giussani en las muy pocas páginas de su "Diario de mi muerte", escrito que no lo-

Downloaded by Paul (pablomv15@gmail.com)

gra concluir porque su final, como un ladrón, llegó antes que lo pudiera terminar. Decía que es notable cómo Pablo Giussani relata una certeza que no tenía y que se le hace clara con la enfermedad: el cuerpo no es el espíritu. Este es el principio de un importante itinerario espiritual, yo no sé si logró completar su recorrido, pero ciertamente él estaba avanzando hacia buen puerto. Alcanzó a descubrir que mientras el cuerpo envejece y a veces es un obstáculo, no lo es siempre, el cuerpo es un admirable instrumento del alma. Pero cuando los años o la enfermedad empiezan a hacer del cuerpo rémora, no ocurre lo mismo con el espíritu, que a veces crece de una manera formidable. Y él, que dice sentir cómo se aleja el mundo, ve perder entidad al universo de los objetos y crecer todo lo que vincula a los sentimientos. En verdad sus últimas páginas son una profunda aceptación del amor y una búsqueda bien iniciada de la necesidad de la existencia de Dios. Todo esto en tanto se declara instalado, hasta ese momento, en "un confortable agnosticismo". Pero el saber que pertenece a quienes "tienen los días contados" lo hace andar y compartir caminos que de haber podido seguir recorriendo nos hubieran ayudado mucho a entender lo que buscaba y cómo pudo encontrarlo. Ahora Giussani ya lo sabe bien.

Suele ocurrir que refiriéndome a estos temas del cuerpo como algo diferente del espíritu ponga el ejemplo, por muchos ya conocido, de Don Jacinto Benavente, que casi con ochenta años escribió una de sus mejores obras, *La infanzona,* donde el tema del incesto es central y está tratado estupendamente. También con ochenta años, sosteniéndose casi sólo con el espíritu, Lola Membrives hizo su última y extraordinaria presentación de *Bodas de Sangre.*

El cuerpo a veces se siente impedido y no se identifica en plenitud con el espíritu, sin que esto me lleve a ser maniqueo; no son dos realidades contrapuestas. Se pueden llevar muy bien pero no son tampoco la misma cosa.

Es notable cómo en la reflexión de los grandes pensadores y en la literatura de todos los tiempos, aun aquella que puede parecer más lejana a este tópico que es esencial, los temas de la muerte y de la vida eterna están presentes. Sería incomprensible El Quijote, sería incomprensible toda la obra de Dante, sería incomprensible Dostoievsky si esto no fuera así. Creo que puedo atreverme a citar algunos autores más cercanos en el tiempo al aludir a escritores y pensadores del existencialismo. Voluntariamente para no referirme a quienes están en mi actitud espiritual no mencionaré a Gabriel Marcel, que toca estos temas con una cuerda tan afín a lo cristiano. Pero podría citar a Albert Camus que se aproxima en su literatura y en algunas de sus cartas al tema religioso al que no llegó a dar respuesta definitiva. *El malentendido* termina con una imprecación de la madre diciendo "Dios, dios...". Entonces entra un personaje que responde "No está". Sin embargo, la trama de esa obra tiene algo de profundamente religioso a pesar del final, de un fuerte agnosticismo. Estas son inquietudes que están presentes en la obra de Albert Camus y creo que perduran, precisamente, porque los temas siguen teniendo vigencia. Esto no ocurre con otra literatura más pasatista, donde el instante, la moda, el tiempo, la cultura y las circunstancias la limitan y acaban con la anécdota que les da origen.

Y podría, sin duda alguna, recordar mis lecturas de Ernesto Sabato, a quien estos temas preocupan de manera tan intensa y vital. En alguna de nuestras charlas decía que un niño que muere de hambre puede cuestionar, y a él se lo ha cuestionado muchas veces, a un Dios omnipotente, omnisciente e infinitamente bondadoso. Trataba entonces de recordar con precisión una cita de San Agustín que se refiere a la absoluta libertad de que ha sido dotado el hombre por Dios, para hacer lo que quiera, incluso el mal. Y luego se remontaba a Tertuliano para com-

Downloaded by Paul (pablomv15@gmail.com)

partir su juicio de que Dios es inaccesible a la razón, es decir, al pensamiento puro. En ésa y en otras conversaciones, que me han enriquecido tanto como la lectura de sus libros, creo que llegamos a un filósofo de origen judeo cristiano, Landberg, muerto atrozmente en un campo de concentración. Sabato, que lo admira mucho, lo considera una especie de "santo protoexistencialista" y comparte sus ideas sobre los límites de la razón discursiva: demostrar un teorema, levantar un puente, escribir un ensayo... Recuerdo su pasión refiriéndose al hecho de que lo más trascendente de lo humano tiene menos que ver con esa "razón" y está mucho más embebido de lo que Pascal llamó "les raisons du coeur", es decir las intuiciones, los sentimientos, la inspiración, los sueños.

Con reflexiones como ésta trataba de explicarme por qué, espero citar casi textualmente: "casi no creo en la teología y, en el caso del cristianismo, prefiero quedarme con los Evangelios. Cuando se empieza a razonar sobre lo que no es razonable todo se vuelve confuso y discutible".

–Para quienes conocen la obra de Ernesto Sabato se percibe en estos recuerdos suyos como un eco de lo que ya dijo en *Hombres y engranajes...*

–Y también en sus novelas. Es en ellas donde puede presentar no sólo los temas de su razón pura sino también los sentimientos, emociones, visiones, intuiciones... y los personajes de esas obras, como ocurre también con Dostoievsky, para poner, como diría Sabato, "un ejemplo supremo", la verdadera actitud frente a Dios. Personajes de ficción (¿sólo de la ficción?) aun los más inocentes y modestos, como el analfabeto Carlucho o la sirvientita Hortensia Paz, tanto como Bruno y Martín nos dan cuenta de las búsquedas, pesares y hallazgos de Sabato, de quien Albert Camus dijo "admiro su dureza e intensidad".

Entiendo que es muy importante anotar que en literatura lo perdurable soporta mejor el paso del tiempo: las obras permanecen cuando los temas son los temas de siempre porque el hombre es el hombre de siempre.

Sartre describe en *A puertas cerradas,* de la que ya hablamos, la eternidad del infierno del que no se puede salir. Los autores católicos tratan de buscar algún tiempo final del infierno. Por ejemplo, Giovanni Papini. Este hombre, que todos reconocemos como muy religioso, sin embargo en esto se equivoca. En la obra de Sartre se plantea una discusión tenebrosa en aquel sitio de eterna condena donde el infierno son los otros, obligados a permanecer juntos para siempre. La obra termina con esta frase tremendamente agotadora y feroz: "volvamos a empezar". Como en un círculo sin salida.

Regresando a la referencia sobre algunos de los exitosos libros que hablan de experiencias vividas "después de la muerte", y admitiendo que puede haber en quienes los escriben una cierta sed de trascendencia, debo decir que son sólo la visión muy epidérmica de un gran tema. En ellos se trata de acercar evidencias de lo que viene después, de lo que está más allá.

Como la vida futura, excluyendo alguna rara experiencia mística muy particular, dicen entrar en el campo de lo decididamente oscuro, como ya anotamos. Algo diferente de lo sensible y aun a veces de lo racional.

Nunca son seguridades humanas las que nos permiten decir creo en la existencia de Dios, creo en la vida eterna, creo en la Iglesia, creo en Jesucristo nuestro Señor. Todas estas afirmaciones no se pueden probar con un silogismo, ni siquiera hay que intentarlo.

El consumismo europeo les ha quitado mucho terreno y valor a las utopías, a los ideales y, en campos más cotidianos, a los valores de la amistad. La mayor parte de los argentinos, por nuestras dificultades económicas, no hemos sido aún gravemente atacados por esta plaga. Creo

Downloaded by Paul (pablomv15@gmail.com)

que en el campo religioso el hombre necesita cierta pobreza interior para poder tener el corazón abierto y ser capaz de recibir, ser capaz de súplica y pedido. Hay gente que tiene reticencia y hasta miedo a la oración. El Evangelio está lleno de oraciones de súplica y petición y no la maltrata ni la desprecia.

Es muy distinto el juego aritmético que lleva a creer que *tanto pido, tanto se me concede.* O suponer que Dios está sujeto de alguna manera a nuestra plegaria sin entender que la clave con que se cierra el Padre Nuestro es "hágase tu voluntad". Es importante tener en cuenta que el plan del amor de Dios sobre cada persona –cualquiera sea el camino que nos proponga, y aun cuando este camino puede ser muy crucificante– si es el plan del amor de Dios es lo único que puede darnos la felicidad.

Hay un ejemplo muy importante y rico en la historia de los santos. Teresa de Lisieux fue una pobre joven que tardó veinticinco años en ser santa, murió a esa edad de una tuberculosis que le tomó todo el cuerpo. Era una llaga viva y en esa época no había manera de aplacar los terribles dolores que padecía. Esta mujer profundamente religiosa, que no había tenido un solo mal pensamiento en una vida que transcurrió dedicada a la total entrega al Dios que amaba, vive una larga agonía en la que tiene la sensación de que ya no la espera nada. Sus últimas palabras, sin embargo, iluminadas por una sonrisa final, son: "No me arrepiento de haber creído en el amor. Creído en la oscuridad". Al leer esas biografías almibaradas que presentan su vida con tonos rosados y de modo poco riguroso uno descubre qué poco han conocido a una de las santas más humildes y de mayor influencia en nuestro tiempo.

Esto es sólo un ejemplo, y muy valedero, pero podría ampliarlo y multiplicarlo para mostrar cómo el camino del encuentro con Dios no es un recorrido con programas de computadora, la consecuencia de seguir con orden una cantidad de razones que llegan a una conclusión final ni un recorrido racional que podemos proponernos. Es un difícil, a veces doloroso diálogo entre Dios que nos busca, Dios que siempre viene, y el hombre libre. Su libertad para asentir al reclamo divino está embebida de gracia.

El tema antiguo y siempre nuevo de predestinación y gracia, de libertad y ciencia de Dios, es parte de todo aquello que desde el inicio de la humanidad y desde los primeros filósofos hasta hoy sigue sin hallar respuesta completa. Sabemos, sin embargo, que no hay contradicción: el Dios que nos donó la libertad es el mismo que nos da la gracia. De manera que existe algún punto, al que quizá no llegamos en plenitud de comprensión, en el cual gracia y libertad no se oponen, es más, se conjugan admirablemente.

En verdad sería muy cómodo reunir ante una gran platea televisiva al más sabio de los teólogos, al mejor de los apologetas para que expongan las razones que fundamentan la fe. Después de haberlos oído podremos haber recibido alguna ayuda para entender lo que tratan de explicarnos, pero no habremos llegado a la fe.

Quisiera insistir que me impresionan los cristianos que hablan de la religión como si tuvieran evidencia de todo. En verdad la fe se nutre del misterio y de él vive.

–Monseñor, Ud. no se ha referido todavía a la Iglesia, y éste es un tema inevitable conversando con un obispo...

–Tiene razón, pero expresamente dejaba para el final este otro aspecto del misterio. La Iglesia –santa y pecadora a la vez, según San Agustín– es un profundo misterio de fe. Los hombres que la formamos oscurecemos con nuestros pecados el resplandor de quien es esposa y cuerpo de Cristo. La Iglesia es por excelencia el sacramento de Jesucristo. Jesucristo, cabeza de un cuerpo que formamos todos los cristianos. Pueblo de Dios. Cristo, que es

Downloaded by Paul (pablomv15@gmail.com)

el verdadero jefe de la Iglesia, no la gobierna. Sin embargo, desde afuera, entre ella y El existe subordinación o dependencia, pero al mismo tiempo ella es su remate, su plenitud.

Juana de Arco expresó ante sus jueces, esta verdad con la sencillez de una simple cristiana: "Yo creo que Jesucristo y la Iglesia son todo uno y que no hay por qué discutirlo". Comprendo que el hombre moderno está cargado de prejuicios y resquemores contra la Iglesia. Muchas veces los hombres que la formamos hemos ofrecido un pobre testimonio. Ni santidad ni preocupación por el otro, y sí en cambio, alianzas con el poder y los poderosos.

Pero todo el cúmulo de pecados, repetidos a veces a través de la historia, no pueden borrar la atracción por esa madre común que acoge en su seno a justos y pecadores y contiene todo lo necesario para hacernos santos. Esta es la vocación de todo cristiano: cumplir plenamente en la propia vida el plan del amor de Dios. En esto, ni más ni menos, consiste ser santo.

Con razón afirmaba San Agustín al hablar del axioma tradicional: "Fuera de la Iglesia no hay salvación". En la inefable presencia de Dios muchos que parecen estar fuera están dentro, mientras que muchos que parecen estar dentro, están fuera. El Señor conoce a los suyos en todas partes. Y, sin embargo, es el mismo Agustín el que nos dice "para vivir en Cristo es necesario vivir en su cuerpo que es la Iglesia".

Termino esta reflexión, no fácil, repitiendo una frase de San Juan Crisóstomo para todos mis hermanos que vacilan, que dudan acerca de la Iglesia y de su pertenencia a ella: "No te separes de la Iglesia. Ningún poder tiene su fuerza. Tu esperanza es la Iglesia. Tu salud es la Iglesia. Tu refugio es la Iglesia. Ella es más alta que el cielo y más dilatada que la tierra. Ella nunca envejece, sin arruga y sin mancha su vigor, su juventud es eterna".

Creo que no existe una aventura más apasionante que la búsqueda del Dios vivo. Si estas líneas desordenadas, que tocan temas diversos, que son a veces reiterativas, pudieran servirle a alguien para iniciar vitalmente esta búsqueda sentiría que he logrado mi único objetivo: ayudar a encontrar la fe, abrir un corazón al Dios que siempre ofrece su riqueza. Esta es la razón de mi vida sacerdotal y el origen de este diálogo.

Downloaded by Paul (pablomv15@gmail.com)